



JUVENTUD Y VEJEZ

A. Montefer

Dedicado a mi familia.

Por los años de soportar mi lamento,
por su paciencia en leer mi mediocridad,
les dedico mis poesías y memento,
aunque sé que les falta mucha calidad.
Gracias por integraros en mi momento
y no apagar lo que escribo con vanidad.

JUVENTUD Y VEJEZ

(Algunos pensamientos,
como aperitivo de lo que va a leer)

*Ser feliz implica no desear ni estar satisfecho o insatisfecho,
porque el deseo provoca insatisfacción e infelicidad, y la satisfacción
mata el deseo y la ilusión de su obtención dejándonos vacíos.*

No se aprecia lo propio cuando se envidia lo ajeno.

*El problema del triunfo es que atrae a demasiados lobos para sacar
tajada y bastantes hienas para aprovecharse de los despojos que quedan.*

*El peor castigo que existe es ser consciente de nuestras propias
limitaciones, y la mayor victoria es asumirlas con responsabilidad
y sin complejos.*

*En un mundo que valora las prisas,
que nos mantiene distantes, y unidos
sin contacto, perdidas las sonrisas,
hacer una pausa es lo que os pido.*

A. Montefér

MIS POEMAS

Crónica de mis latidos en un tiempo
de risa joven y suspiro anciano,
trazos del alma que danza un momento.

Brisa que canta o llora en la aurora
sus silencios y los susurra al ocaso,
viaje escrito por los ecos del alma.

Loa primaveral, suspiros de invierno,
un pulso vital o llanto del ocaso,
poemas tejidos en susurros del tiempo.

Viento que lleva en sus giros mis memorias.
Fuego abrasador y hielo que calma
del viaje eterno entre luces y sombras.

Canto poético de un alma sentimental.
Clamor joven de preguntas sin respuesta;
contemplación madura de lo espiritual.

Es lo que verás al leer estos poemas:
vicisitudes y estados de ánimo,
juventud y vejez en forma de versos.

CANTO A LA POESÍA ETERNA

En el rincón más oscuro del albor,
cuando ya asoma la luz mañanera
y las tinieblas se ocultan con rubor,
nace mi poesía de esta manera.

Cuando se aquieta, del silencio, el clamor,
la brisa agita la flor tempranera
y el rocío la humedece de amor,
el día se viste de primavera.

Y yo, pobre poeta, apresto mi pluma,
buscando encontrar esa esquiva musa,
que muestre el verso que a mi mente abruma,
sin hacer de mi torpeza una excusa.

Vuelan mis ensueños en alas del sol,
suenan trinos con risa alborozada,
renace la vida en su dulce arrebol,
mientras se oculta una estrella cansada.

Todo surge y palpita a mi alrededor,
el canto vuela mecido en el viento
cuando la luna se oculta con candor
y todo suspira su encantamiento.

Las sienes palpitan con mil ideas
de versos llenos de vibrante dulzor

y mi mente, sujeta por correas,
me oculta las palabras con su rubor.

Resurgen mis versos con cada latir,
cual candelas que iluminan el alma;
araña tejiendo telas sin fruncir,
presta a cazar sus víctimas con calma.

La voz de mis versos borda las rimas;
con delicada aguja de ganchillo
teje grecas de sentidas lágrimas
en poesías cantadas por cuclillo.

Versos representando un gesto fugaz;
un mundo respirando encantamiento,
con su miel, rubor, fuego y viento mordaz,
con sus alegrías y sufrimiento.

Observo mi triste porvenir en paz,
conciencia limpia y sonrisa que abraza,
y aunque de ser leído no sea capaz,
diré lo que a mi corazón abrasa.

Siento que mis versos debo declamar
Y, aunque no conseguiré ser estrella,
intentaré ser como un faro en el mar
que ilumine la poesía más bella.

Noto cerca las zarpas del destino,
mi alma suspira al escuchar su rumor,
palpita viendo el final del camino,
que llegará pronto, sin ningún temor.

Triste despedida que hago sin dolor,
contemplando pasar el tiempo en calma;
a mi edad apenas queda algo de ardor,
sólo la agónica espera del alma.

ENTRE EL MAÑANA Y EL AYER

La juventud es ímpetu primaveral,
río que corre desbordando la orilla,
que murmura sus sueños al cañaveral
sin pensar en la traicionera rastrilla.

Es llama viva con su fuego danzante;
crepitar de hoguera que quema vanidad,
donde el pasar del tiempo no es preocupante
y le echa un pulso a la vida sin calidad.

Aliento y corazón latiendo con prisa;
chisporroteo de irresponsabilidad;
pluma en el viento que gira con la brisa
sin asumir cualquier responsabilidad.

Corto suspiro que no teme al invierno;
días de olvido perdidos en un beso;
decisiones tomadas sin su gobierno;
amoríos que se derraman sin peso.

Promesas en labios y manos que tiemblan;
corazones latiendo al filo del tiempo;
planes de futuro que no se contemplan;
heroicidades hechas a destiempo.

Primer aliento en una danza sin freno;
chispa que enciende el fuego apagado;
risa que refresca el viento sereno
con paso firme en un mundo anegado.

Mirada que ve el cielo con esperanza,
sin temor, recuerdos, angustia ni dolor;
que prepara su futuro sin tardanza,
viviendo un eterno verano de color;

Siente al viento susurrar sus deseos;
risas como pétalos volando al cielo,
que lo inundan de estrellados recreos;
anhelos perdidos entre fuego y hielo.

Miradas que buscan conocerlo todo
y se inundan de ilusiones sin miedo;
manos que pintan futuros en el lodo,
pies que pisan senderos sin ver su enredo.

Con sus pasos ligeros saltan las piedras
y esquivan las penas que el camino pone;
escalan las enredaderas de hiedras
y danzan lo que cada día compone.

Pero cuando el reloj, con pasos silentes,
va trazando surcos en cada latido,

y la piel, tatuada de historias valientes,
avisa que su tiempo ha concluido,

Susurra recuerdos con voz de suspiro,
olvida anhelos y deseos vencidos,
somete su futuro en un cruel giro,
porque la eterna juventud se ha perdido.
Y viene la vejez como sustituto,
susurro que ya no danza en lo eterno,
que sólo recoge un eco insoluto
y entreteje sus memorias del infierno.

Es la raíz que ahora sostiene el árbol,
la pausa que mide la fuerza del viento,
la calma que abarca todo en un arrebol,
suspiro final al terminar un cuento.

Es árbol viejo para hacerlo leña,
de raíces profundas y corteza sabia,
con ramas quebradas que, al caer, despeña
y llora historias perdidas en su savia.

Es la deseada calma tras la tormenta;
susurro de olvidos en la brisa lenta;
mirada que observa el cielo, hambrienta;
sabia y serena en su cuenta lenta.

La vejez es como un río profundo,
que acaricia las orillas en silencio,
voz que susurra el recuerdo fecundo,
savia que nutre el suelo con desprecio.

Es sabiduría tierna en cada arruga,
serenidad innata en cada gesto,
caricia de mano que toca en su fuga,
alma que respira un cercano funesto.

Los dos no son opuestos, sino eslabones,
trazos de un pincel en un mismo lienzo,
unidos por el eco de sus razones,
agua convertida en océano eterno.

No son opuestos, sólo son su reflejo,
dos notas escritas en la misma canción,
una imagen reflejada en un espejo,
el verano e invierno de una vacación.

La juventud es el prólogo vibrante,
la vejez, el eco de caduca canción;
la juventud es un vagabundo errante,
la vejez es el oasis de su redención.

Juventud y vejez son las dos orillas
de un río que nos hace entrega de un sueño;
dos embarcaciones con las mismas quillas.
Una chispa, un suspiro, un ensueño.

¿Qué es esa unión sino río y tormenta,
memoria y latido, raíz y semilla,
aprendiz y experiencia que se lamenta,
alegría y recuerdo que nos humilla?

Es un eco que vibra y nunca se aquieta;
un puente entre tiempos que el alma cobija;

la fusión de un diapasón que se agrieta;
simbiosis de edades en una vasija.

No tema el anciano la calma de otoño,
ni quiebre el joven en su urgente prisa,
pues la vida, con su hálito gazmoño,
vive en ambos, y en ambos es sumisa.

MI SENECTUD

Entre cuatro virtuales paredes,
donde las ventanas son mis ojos,
mis pies se asemejan a percebes
y los movimientos son despojos.

Transcurre mi vida en las tinieblas:
Para leer, brumas en mí único ojo;
para mover, de caídas te pueblas
y dormir consigues a su antojo.

Soy ratón escondido en convento
de silenciosas monjas trapenses,
donde sólo se habla en el momento
de rezar plegarias cistercienses.

Barca mecida en oleaje adverso,
que sucumbe en tempestad sin freno.

Soy de novela vieja el reverso
y de sus aventuras relleno.

Bajo la escalera a la libertad
con peldaños llenos de frustración;
bufidos de jamelgo en ansiedad
con sus cascos rotos sin curación.

Si salgo, mi carrera es maratón
para cinco metros a la hora
y, en la meta, premio de compasión
por conseguir llegar con la aurora.
No camino ni ando, yo discurro
como las hormigas por el arcén;
contra las paredes me espachurro,
como el tentetieso caído al andén.

Mi carroza es la silla de ruedas;
mis brazos son como bielas de un tren;
mi motor es la tracción que puedas
con el combustible de mi retén.

Tengo por brioso corcel la silla
y, por lanza, mi pluma de escritor;
en la mente, alguna pesadilla,
que apago con ideas de extintor.

El silencio tengo por cobijo;
de la casa, las paredes, prisión.
Soy el cruzado de algo prolijo
y guerrero del dolor en cuestión.

Me siento fardo desportillado,
oculto en un rincón indeseado,
y al levantar, sueño escacharrado,
como un soñoliento desaseado.

Escucho los cantos de sirena
desde que mi voluntad naufragó.
Vivo en una constante verbena,
que a mi cerebro el néctar embriagó.

Lucho inmerso en respuestas sencillas,
que mi mente filtra con desgana,
en horas espesas como arcillas,
que alargan el tiempo en la semana.

Soy centella que ya no fulgura,
el eco de tiempos que se fueron,
espejismo de alguna figura
de los rostros que en su luz vivieron.

De mi mente cuelga la memoria
como personaje sin amigo.
Y en ella danza alegre la escoria
del ayer que camina conmigo.

Mas, oculto en polvo de este hastío,
un brote de recuerdos persiste,
cual lamentación de un desafío,
que con sonido sordo aún resiste.

Soy un poema escrito en la dolencia,
con estrofas que el dolor dobliga

y letra que dicta mi conciencia,
si una musa conmigo navega.

No lloréis si os parezco vencido,
pues en mi batalla no hay pabellón;
sólo escucho el silencio temido
cuando solicito alcanzar perdón.

Cada día es montaña que se alza;
cumbre que yo subo desde abajo
con la mente en pedazos, descalza,
triste y refugiada en su trabajo.
Veo televisión y oigo canciones;
escucho discutir en batallas,
y aunque caigan mis rotos bastiones,
la lógica en mi mente no acallas.

Soy huella que deja lo invisible;
pilar que ningún sismo derriba;
respuesta inútil e incomprensible
de espíritu vivo que aún se aviva.

Que no os engañe el cuerpo dormido,
ni el temblor que a veces me traiciona;
en mi interior aún no me he rendido
a tretas que tumban en la lona.

EL ALZHEIMER

Cruje la entrada en mi mente vacía
y las ideas posan en su crisol.
Murmura un llanto con melancolía,
como secreto que perdió su control.

El eco guarda lágrimas sin razón,
malos recuerdos que encontrar no puedo.
Su imagen cuelga, torcida en un rincón,
observando mi alma con mucho miedo.

Sus huellas me persiguen como un tumor;
reviven los pasos de un tiempo muerto.
Retumba el eco de su viejo clamor,
bajo los muros de un recuerdo incierto.

Nadie responde al gritar ese nombre,
pero algo escucho dentro en la oscuridad.
No es ni monstruo ni el eco de otro hombre,
es sólo el peso de tanta vanidad.

Musita dócil frases sin sentido,
imágenes que renuevan mi dolor.
Perdí mente y juicio con un latido,
y quedé abrazado al eco sin color.

Su burla suena rota y disonante,
se esconde en los rincones de mi razón.
Un nombre olvidado, un rostro distante,
con un recuerdo oculto en cada rincón.

Mi mente acosa sombras en la bruma,
recuerdos que ya ni conocen quién fui;
que, poco a poco, espesan esa espuma
que es mi memoria cuando fallece en mí.

Perdí mis ideas y la frontera
entre lo que es delirio y la realidad.
Ahora ¿quién soy o fui?, si ni me espera
el helado abrazo de la soledad.

Me gritan sus voces desde una pared,
cuentan pensamientos que nadie escuchó.
Me dicen que antes amé, viví y lloré,
pero no sé si fui quien los desechó.

Mis sienes vacías tiemblan de frío,
ya no hay recuerdos, sólo la oscuridad.
Mi mente es un pozo seco y vacío,
cuyo fondo no encuentra una claridad.

Me aferro al hilo de algún pensamiento,
pero se quiebra al no encontrar mi razón.
Mi mente es lugar sin un fundamento
y, mi conciencia, una simple imitación.

Gimen las ideas que nadie escucha,
los recuerdos se pudren bajo mi sien,
y el mundo se esfuma en brumosa lucha,
visión turbia del ayer y de su bien.

He visto el rostro de quien no respira,
le hablé despacio, creyendo que me oyó.

No sé si fue real o es otra mentira
que en mi desmayada mente enloqueció.

Así me quedo, sombra entre paredes,
sin recordar el hoy, ni tiempo, ni edad.
Soy lo que queda cuando ya no puedes
distinguir la mentira de la verdad.

Quién soy, quién eres, quién fui. ¿Es hoy o ayer?
Hasta esas preguntas mi mente olvida.
El Alzheimer, con su escoba de barrer,
barre polvo y mata el alma perdida.
No reconozco a los seres queridos;
ni a quien me acompaña en cada momento;
como tampoco a todos los perdidos,
aunque su olvido sea un monumento.

Y en mis cortos momentos de lucidez,
escribo estos, mis desgarrados versos,
que pronto serán sólo una palidez
entre tantos pensamientos perversos.

SUSURROS A LA MUERTE

En las murallas del olvido eterno,
donde mis sueños se estrellan con brío,
susurra la muerte su canto sombrío,
bordando silencios en manto de averno.

Río que fluye murmurando sin prisa,
con aguas quietas de fría ternura.
Susurros al viento con muda premura,
de la eterna danza que nunca avisa.

Eres brisa que refresca mi tormento,
la flor marchita pisada en el suelo;
vela encendida que alumbra en mi duelo
el estertor de mi último aliento.

Novia sin rostro, compañera de espectros
que danzas sobre mis anhelos heridos,
graba en mis huesos los deseos perdidos
y teje en la sombra tus pactos secretos.

Silencio sepulcral de un umbral incierto,
donde tus pasos suenan como hojas caídas
y, como murmullos de voces perdidas,
apagarán mis días y el amor muerto.

En penumbra me dejas ver tu silueta,
murmuras al viento tu triste destino,
y tus manos tejen en tapiz sin tino
la trama de esta, nuestra vida inquieta.
Oh, triste Parca de las vidas prendada,
olvido eterno, descanso en penumbra,
deseada compañía que no acostumbra
y deja la piel marchita y agostada.

Tus manos frías con uñas afiladas,
frialdad marmórea cual suspiro marchito,

son amigable encuentro en adiós bendito,
eco en la muralla de piedras calladas.

Nunca tienes nada, ni amor ni deseo,
no rehúyes el encuentro, aunque sea breve,
nos cubres con tu manto y nadie te ve,
sólo oirán apagarse nuestro jadeo.

Te nutres de anhelos que el tiempo devora,
oculta en tu manto lleno de misterio;
reclamas poder cumplir tu ministerio
y llevarte el premio cuando es su hora.

Llenarás de alegría mi hora más baja
y, cuando escuches mi último aliento,
cuando me liberes de todo lamento,
me llegará la calma con mi mortaja.

Déjame encontrarte sin miedo ni duelo.
Seré una sombra perdida entre la bruma,
te entregaré mis recuerdos y mi pluma.
Y junto a ti danzaré envuelto en tu velo.

EL ESPADACHÍN MANCO

En reino de cuentos y brujas siniestras,
vivía un valiente de hazañas muy diestras,

por su locura al salir a la palestra,
pues era un manco de la mano maestra.
Portaba una espada tan roma y floja,
que, en vez de pinchar, doblaba su hoja.
Su mano derecha, perdida en un duelo,
la usó para firmar pactos en un vuelo.

Se mostraba erguido, con porte de acero,
aunque se enredaba en su propio sombrero.
Proclamaba al viento su honor y su gloria,
pero nada había escrito en la historia.

“¡A nadie le importa perder un combate,
si gana los discursos que el pueblo acate!”,
decía entre aplausos de un séquito ciego
que, a cambio de su pan, le seguía el juego.

Vestido con plumas, medallas y blasones,
diplomas comprados y ocultos baldones,
su escudo tenía un lema muy confuso:
caballero montado en burro contuso.

Juraba promesas en cada campaña,
pero al otro día huía a la montaña.
¡Oh, manco glorioso, eres maestro del cuento!
Cambiaste la historia con tu argumento.

La gente gritaba, sin mucha convicción:
¡Es un manco el espadachín de la nación!
Y el reía burlón, agitando muñón,
que es un honor engañar al bobalicón.

ANIVERSARIO DE UNA AUSENCIA

*(En el aniversario de la muerte
de mi esposa)*

Hoy el cielo sigue gris,
como mi pecho herido.
Otro año sin oír tu voz,
sin que estés junto a mí
oliendo aroma de lis;
sin tu calor dormido;
sin un suspiro veloz;
sin que te apiades de mí.

Te nombro con el dolor
en cada amanecida,
y el tiempo no apaga
esta soledad triste.
Tu presencia da color
al llanto contenido,
pero aumenta la llaga
que en la quietud persiste.

Tu risa en la habitación
aún canta con el viento.
Los pétalos de flores
me traen tu pensamiento.
Tu luz no tiene extinción;
vive en mi sentimiento,
removiendo dolores
que añaden sufrimiento.

No hay muerte para el sol
que alumbra desde adentro.
Aunque nunca estés aquí,
mi amor por ti no cesa.
Se forjó en un crisol
que nos unió en el centro,
y dejó dentro de mí
una neblina espesa.

Algunas veces creo oír
tus pasos en la casa.
Y al mismo aire quiero hablar,
como si aún pasaras.
Y sólo deseo huir
del dolor que traspasa
y al alma hace temblar,
porque tú siempre estarás.

Ya ha pasado otro año
desde que me dejaste
pero tú sigues aquí,
como un hondo murmullo
que cala y hace daño
al hombre que tú amaste
y se enamoró de ti
en brazos de tu arrullo.

Ese amargo recuerdo
que nunca quiere morir
y en el tiempo que se fue
transcurre frío y lento,
entre estar loco y cuerdo,

mas no borra ese sentir,
que estar contigo se fue
y murió mi contento.

Tu constante recuerdo
no borra de mi alma
la huella de tu marcha.
Te busco en los silencios,
y en ellos pacto acuerdo
que a mi inquietud calma
y tu presencia escarcha
con unos fríos necios.

Mi soledad prosigue,
aunque te encuentre en la luz
o en sombras que se alargan,
o en las noches sin azul.
Tu recuerdo me sigue,
y me esconde, al contraluz,
sensaciones que amargan
liadas en velo de tul.

Aunque ya no te veo,
sigo escuchando tu voz,
y en cada pensamiento
vuelvo a sentir tu calor.
Que has vuelto no me creo,
ni yo soy tu portavoz,
y si crees que te miento,
haz tu ausencia sin dolor.

La ausencia duele hondo,
pero también enseña:
que el amor es el lazo
que une lo divisible;
que nos liga hasta el fondo,
y nunca se despeña
porque haya un rechazo,
pues es indivisible.

Tu recuerdo es semilla;
tu partida, cosecha.
Hoy alzo la mirada
y sé que estás en ella.
La respuesta es sencilla:
tu ausencia no deshecha
la sensación airada
que a mi alma atropella.

ENCUENTRO CON LA PARCA

Caía la noche, sin prisa ni peso;
el mundo aguardaba su último aliento.
Y en esta calma, sin miedo ni exceso,
sentí su llegada y todo fue lento.

Era como noche que nadie nombra.
Cuando el viento calla su última canción,

la vi acercarse: silente, sin sombra,
con ojos oscuros como una traición.

Me encontró al final de un día cualquiera,
sin truenos, sin sombras, sin previo dolor.
Como quien cruza la vieja frontera
entre sueño y consciencia de otro color.

No era un espectro, ni sombra vencida,
nada que presagiara el fin de mi andar.
Era un susurro de nueva partida,
la promesa de encontrar dónde anidar.

No venía a quitarme nada amado,
ni a borrar los actos que quise olvidar.
Traía en sus ojos el peso callado
de todo lo que no se puede cambiar.

No traía guadaña ni manto o frío,
sólo un gesto sosegado y maternal.
Su voz era eco nacido en el río,
susurro que hablaba de un final sin mal.

Me dijo: “Has vivido justo lo dado,
con errores que enseñan amor sin fin.
¿Crees haber visto el todo y lo sagrado?
Aún hay más, pero no aquí, sino en el fin”.

“¿Por qué ahora?”. Pregunté, como un ruego.
“Porque el tiempo no espera si le hieres.
Es sólo un río que fluye sin ego
y, si te alcanza, simplemente mueres”.

Pensé en los días que di por sentado,
en pequeños gestos que no supe ver.
Y, en su silencio profundo y templado,
entendí que morir no es dejar de ser.

Es cerrar con honra el ciclo del llanto,
es volver a casa tras largo vagar.
Es ser semilla en la tierra del canto,
y dar a la vida su forma de amar.

“No temas —dijo—, soy parte del viaje;
cancerbero para cruzar al no ser.
No soy castigo, ni juicio, ni ultraje,
soy sólo el descanso que viene al volver”.

“He venido a ti no como enemiga,
sino como puente hacia lo que vendrá.
Tú ves castigo donde hay otra vida,
donde el alma renace y vuelve a empezar”.

Yo la contemplé, temblando violento,
aún aferrado a mi latido fugaz.
Pero su mano, leve como el viento,
rozó mi pecho y me llené de su paz.

Sus manos no helaban, eran de vida,
de aquellas que limpian la frente y el ser.
Y en su mirada no vi despedida,
sólo cortos caminos por recorrer.

Comprendí entonces que no era perderse,
sino el umbral hacia un nuevo florecer.
Que morir es desasirse, no caerse;
es dar otro paso más y renacer.

Y comprendí que en su abrazo no había
ni horror, ni vacío, ni un eterno caer.
Sólo el silencio donde antes vivía;
sólo el olvido que no sabe entender.

Y al ir con ella, sentí que vivía,
ligero, sin peso, sin lucha, sin fin.
Porque la muerte, que yo describía,
no era noche: era luminoso jardín.

Y vi el ocaso.
Y vi otra orilla.
Y fui payaso
y una estatuilla.

Crucé la línea.
Abrí la puerta
de luz carmínea
del alma muerta.

Y fui bendito,
quedé tranquilo,
y dormí ahíto
de tanto estío.

Cumplió con su promesa de otro lugar
al cruzar la puerta del ser al no ser.

No sentenciaba el fin de mi navegar,
era un inicio después de fallecer.

RECUERDOS

Sentado en mi butaca,
con mi pipa en la boca,
medito una idea loca
que en mi cabeza destaca:

Pienso en la vida pasada,
con sus afanes perdidos
y los recuerdos añadidos
en la vida fracasada.

Cuando apenas anochece,
con la luz de una lámpara
que mi placidez ampara
y las sombras empobrece;

Noto surgir las ideas
revolviendo mi cerebro
con tormentos que celebro
y recuerdos que recrea.

Y veo pasar mi vida
desgranando pensamientos

llenos de acontecimientos
de una juventud perdida.

Poco a poco, me duermo
mecido por el silencio,
y así las sombras no presencio
de este recuerdo yermo.

EL AULA

Entro, miro y cuelgo
mi abrigo en el perchero,
parece un jamelgo
en carro del lechero.

El aula está llena
de voces en cadena,
de vocinglería plena,
que ensordece y apena.

Pupitres desgastados
por tiempos olvidados,
profesores denostados,
compañeros despreciados.

El ventanal reluce
con su tapiz asoleado,

que en el aula produce
algún que otro sombreado.
Oscuro encerado,
con rayones de tiza,
para algún enterado,
si alguien no le atiza.

Hojas desdibujadas
por la goma de borrar,
libretas apretadas
para dinero ahorrar.

Lapiceros mordidos
de puntas afiladas,
en momentos perdidos
de aventuras pilladas.

Cerviz arrodillada
por castigo obligado,
que en rebeldía brillaba
por querer ser letrado.

El volar de una mosca
a todos nos distrae;
su vuelo nos amosca,
y al profesor retrae.

Así es nuestra aula:
parece una clase,
aunque es una jaula,
con tiempo de desfase.

Finaliza el martirio,
la turba va al comedor,
tendrá su refectorio
para el no conocedor.

Sentados a la mesa,
con los vasos golpean,
aguardan a su presa,
el plato que esperan.

De primero, sopita;
quema como soplete,
pero el hambre no quita
ni a monjes del templete.

Al acabar la sopa,
filete con patatas;
la alegría desborda
para algún papanatas.

Buscamos carne frita.
¿Dónde está el filete?
¡Bajo la patatita,
con salsa de retrete!

La pera es de compota,
por lo pasada que está,
algún gusano aporta,
por la carne que no está.

Tocan a levantarse,
la pitanza se acabó,

la ropa estirarse,
la comida terminó.
Si el estómago ruge
con ruidoso estertor,
deporte con empuje
y patadas alrededor.

De vuelta en la clase,
con su aburrido sermón,
aguardamos que pase,
y termine el chaparrón.

EL PRESIDENTE DEL REINO BOBALICONIUS

Hubo una vez, presidente sin igual,
guaperas (robaperas, por más señas),
que quiso parecerse al rey como tal,
tutelado por bufón de cigüeñas.
Peter Páncez mal llamado por todos
por ser tan “sabio” como Sancho Panza,
tenía ingeniosos apodos,
como Frankenstein y el monstruo que danza.

Su trono es el escabel de un bufón;
la ley, papel mojado en cada ocasión.
Un cambio de cara indica un colofón,
según sople la claque en la función.

Como carecía de una voz propia,
puso como mascota al gato Félix,
para dejar al reino en la inopia.
Y creó Matrix para no ser ave fénix.

Con un coro de claque sin bandera,
reunidos por el ansia de poder,
se venden por un cargo, o por cualquiera,
y negocian este reino al por menor.

El mandamás es experto en el disfraz,
promete pan y trafica con tierra;
víctima hoy, pero mañana Satanás,
cambiando la verdad por su quimera.
Reforma las leyes a su medida,
oprime rebelión sin ningún pudor,
convierte tribunales en querida
y al escándalo lo reviste de honor.

Dice ser transparente en bambalinas,
y sólo firma con su aliento en cristal.
Si miente, las disculpas son neblinas
y alega ser “error institucional”.
Su esposa bloguea en X e Instagram
con frases manidas dichas en café,
sonriente aplaude posada en su diván,
y dice: “yo también sufrí por mi fe”.

Cónyuge siempre fiel a su mentira,
justifica su ambición y su papel;
no sufre, ni se inquieta si conspira,
con una sonrisa como el oropel.

Mientras, la gritona insulta y vocifera,
como si el gañido fuera una razón;
se pavonea con rabia altanera
y gesticula en cada acto su pasión.

Esta fan es puro meme pulmonar:
berrea en cada acto hasta perder el control,
confunde los países con su bostezar,
y exige a la *clac* que aplauda por su rol.

Félix el gato, maestro de dar jabón,
justifica con sonrisas cada plan.
Y, si asesinan la verdad, pide perdón
a la muerta por morir en el desván.

Félix, mascota bien alimentada,
celebra ruinas con ardiente fervor,
disculpando cada ley alterada
con demagogia ilustrada y sin pudor.
Su claqué en reuniones hace piruetas,
se insultan, perdonan y se remezclan,
abrazan por fuera y se clavan saetas,
aplaudiendo nuevas leyes que cuelan.

El pueblo llano ni aclama ni aplaude,
pero igual les pagan si no cae el telón,
porque entre tanto actorcillo del fraude,
no hay quien devuelva el dinero al Salón.

Se cambian las deudas por los favores;
se trocea el reino por unos aplausos,

bajo tutela llena de rigores
en falso bodorrio lleno de abusos.

Es circo de animales amaestrados,
que un domador con látigo y silla
conduce como seres atigrados
usando azote y engaño con silla.

Así se hunde el reino entre dos fuegos,
mientras danzan los mandamases de cartón
y el pueblo, sin comprensión ni sosiegos,
observa atónito tanta corrupción.

El reino o país de los Bobaliconius
banaliza la camorra engañosa.
Oye sin escuchar, como Miconius,
y así le va como nación ociosa.

Fábula bobalicona prestada.
Eran tan bobos, que en un atlas no están
su ubicación perdida y separada,
y acabó incluida en el reino de Tarzán.

*A quien interese: no confundan fábula impersonal con libelo o
personaje real, aunque alguien pretenda buscar parecidos. En España
hay un dicho: “Quien se pica...”
(Madrid a 1 de junio de 2025)

HAGO UNA TARTA

Hoy la cocina nada en alegría,
y el horno canta con su melodía.
Me pongo el delantal con mucha emoción,
porque haré una tarta con el corazón.

La mantequilla espera y baila en el bol
y la alegre vainilla se une al festín
cuando el chocolate me canta su rol.
Esto lo convertirá en dulce sin fin.

Harina en nube, azúcar que cae
como nieve que el invierno reparte.
Rompo los huevos con arte que atrae,
porque cada ingrediente se hace aparte.

Los bato, remuevo y vierto en el bol;
mezclo con ritmo, lleno de inspiración,
con levadura que suma su arrebol,
todos reunidos en la conspiración.

La mantequilla derrito en la sartén.
El cacao salta, travieso y loco,
al mezclarse con la vainilla también,
hasta que del aroma me sofoco.

Lo remuevo, mezclo y giro encantado
mientras lo amaso con gran ligereza,
para darle una forma amarrada
y que en molde entre con mi gran destreza.

En el horno entró, y se está dorando;
será montaña de pura belleza.
Tic-tac, el tiempo se pasa volando
y, al sacarla, cubriré su lindeza.

El horno ya comienza a hacer su parte.
Sube la masa como un globo al inflar.
Su dulce aroma pronto se esparce
pero, si la toco, se podrá desinflar.

Sale crujiente, dorada, perfecta.
La relleno con fresas, nata y crema,
partida por el medio en línea recta,
y recubro con *fondant* que es un poema.
En una batidora que va acelerada,
con gesto firme y sonido de orquesta,
bato nata como nieve cuajada,
para que mi obra maestra esté expuesta.

Recubro con frutas, cremoso color.
Una vela aquí, una guinda y toque allá...
Cada detalle lo hago con amor.
Mi linda tarta no me debe fallar.

Tendrá poca magia y mucho sabor,
delicia al corte, de esponjado interior.
Presencia agradable, con mucho glamur,
que eleva su porte a un grado superior.

¡Que suene la música y venga la gente!
¡Celebremos juntos sabor a la carta;

dulce pastel para el alma y el diente,
porque hoy con amor, hago una tarta!

VOY A LA GUERRA

Trémulas banderas
que al viento se mecen,
inmundas cadenas,
que el alma estremecen.

Clarines de miedo,
trompetas de muerte,
tristeza en el Cielo,
por mi mala suerte.

Asesino soy
de mis oponentes,
que soldado soy
y mato inocentes.

Me fui a la guerra
bajo su bandera,
dejé a mi perra,
por si me siguiera.

No hubo tambores,
no hubo guirnaldas,

no hubo clamores,
ni engalanadas.

Sólo un desfile,
nadie acompaña,
alguien se despide,
pero no se engaña.
Si no sobrevivo,
no habrá esperanza
y, si quedo vivo,
no habrá venganza.

EL RECUERDO

Luz del día,
lucero de la mañana,
canción mía
desde la cuna, cual nana
que mecía
y ahora me ufana.

Su recuerdo
constante, con su promesa
que yo pierdo
en descarnada empresa,
es acuerdo
entre el alma y su presa.

Cuando llama
y el corazón desgarrá,
siento el alma
y en el pecho su garra,
que me calma,
fingiendo que me agarra.

Y me arrulla,
con felicidad que llena,
aunque huya
clavándome su emblema,
señal suya
para dejarme su enseña.

Me encapsula
y mi corazón me hiela.
Me acuna
con ensoñación de fiera,
cuando abusa
con su amargura de hiena.

Cual lobuna,
me arrulla junto a ti,
oportuna,
cuando rememora en mí
la fortuna
de poder olvidarte a ti.

Con la luna,
me araña lejos de ti;
importuna,
se divierte dentro de mí;

es gatuna
que todo lo sabe de mí.

Si perdura,
esté cerca o lejos de ti,
mordedura
parece tu recuerdo en mí.
Y si dura,
seré mortaja carmesí.

PASIÓN

Mirándome en tus ojos,
nació mi ansia de pasión,
y al ver tus labios rojos,
quise saciar mi pasión.

Tú me lo consentiste.
En abrazo nos unimos,
mis labios atrajiste
e impuro amor bebimos.

Y me dejaste saciar
el hambre de esos besos
que no te debía dar
por ser grandes excesos.

Tú, mis labios besaste
y amor impuro bebimos;
amor que despertaste,
nublando mis sentidos.

Pasión sentí en mi pecho,
latiéndome en la sien
y, olvidando el despecho,
me besaste también.

Los dos nos apretamos
muy fuerte, muy unidos;
las bocas acercamos
y al amor nos uncimos.
Yo no sé por qué excesos
se te abrió el vestido;
y vi tus bonitos pechos
por el placer henchidos.

Me abracé a tus lirios
y tu cuello besé.
Tú lanzabas suspiros,
suspiros de placer.

No pude más y, rudo,
el vestido te rajé,
tu cuerpo vi desnudo,
tu cuerpo de mujer.

De tu cuerpo descubierto,
desprendías perfume,

aroma de incienso,
que en un sopor nos sume.

Caímos los dos al suelo,
mordiéndote los senos,
en un alado vuelo
de placer en mis sueños.
Después, lo inevitable:
tú, placer me pedías
y, como ser maleable,
cedí a tus insidias.

AMOR DE VERANO

La tarde se oscurecía
entre los montes más altos,
cuando la luz se escondía,
echado estaba en los prados.

Yo, con los ojos abiertos;
tú, descansando a mi lado,
en un momento incierto,
cual personaje alado.

De pronto, te despertaste
y te echaste en mis brazos,
recordando que dejaste
que murieran nuestros lazos.

Tus ojos están bañados
por pasión que no mereces,
y de lujuria dañados
del amor del que careces.

Tus ojos son como lagos
de pasión mal contenida,
y están sedientos de halagos
o caricias fementidas.

Mas terminar no dejaste
a quien por ti sintió daño,
y con tus labios cerraste
el trato con el engaño.
Y aunque yo sé que no valgo,
me diste un beso largo;
pero fui a decirte algo
y se rompió el letargo.

El abrazo yo deshice,
aunque sé que te hice daño,
porque recordar predice
el dolor del desengaño.

Me dijiste: “no eres hombre,
y a mi honor hiciste daño,
cuando desprecias mi nombre
con comportamiento extraño”.

Tal vez algún día pienses
lo ocurrido aquel verano;

tal vez un día recuerdes
que yo soy un ser humano.

Mas tú tuviste la culpa
por tu beso apasionado,
que no admite disculpa,
aunque fuera presionado.

Me ofreciste tus labios,
y yo acepté aquel beso,
ardió mi pecho en silencio,
y quedó en mi piel tu anhelo.

Después de aquellas palabras,
puesta mi hombría a prueba,
donde pastaban las cabras
sentí angustia acerba.

Los dos estábamos juntos,
abrazados y extasiados;
perdidos, sin ningún rumbo,
y en comunión encantados.

Tú querías seducirme,
y explotabas tus encantos,
para la huida impedirme
al recordar desencantos.

Lleno de extraño encanto,
me lancé hacia ti, tan loco
que tropecé con un canto
y el ensueño quedó roto.

Cayendo sobre tu cuerpo,
que vibraba apasionado,
vi tu bikini abierto,
en tus manos arrugado.
Cuando el sueño se perdió,
porque estaba escrito
que tú me dirías adiós
para dejarme contrito,

recordé aquellos versos,
con el tiempo olvidados
por la falta de tus besos,
que me estaban vedados:

Mi corazón ya no siente
porque tú me has engañado,
porque tú te has alejado
de mi lado para siempre.

El día que me besaste
estabas enloquecida;
amor eterno juraste
de aquel beso agradecida.

Amor que pronto olvidaste,
para ser de otro más querida,
mi compañía buscaste
y hurgaste en mi herida.

REQUIEBROS

Cuando tú llegues junto a mí,
en el espejo de tu aliento
sentiré que estás aquí
porque me lo dirá el viento.

No escuches mi sonsonete
viendo mi escaso valor;
no sirvo para chupete,
ni para aliviar tu sopor.

Cuando tu desprecio siento,
si no soy correspondido
después de tanto tiempo,
me digo que te he perdido.

Y si a ti tanto te duele
dicha condena hacerme,
puedes algo ofrecerme
que a mi alma consuele.

Y al ver cómo te extrañas,
por mis requiebros del alma,
examina tus entrañas,
cuando tu ardor esté en calma.

NOCHE AMOROSA

Una noche dormíamos juntos,
al lado del mar tempestuoso,
con las olas junto a nosotros
de aquel mar tan majestuoso.

Sonaban con ruido armonioso,
golpeando piedra ribereña,
en la que juntos descansábamos,
tumbados en la pelada peña.

Yo admiraba tu perlado rostro,
tus cabellos muy negros, rizados,
la sonrisa alegre de tu rostro,
labios rojos, limpios, amorosos.

Yo, henchido de pasión, te besé,
una, dos y mil veces, mi amor,
en aquella playa que yo me sé,
tranquila ensenada de color.

Gustamos tú y yo sus delicias,
abrazados, muy prietos los dos.
Tú, que te besara me pedías,
y juntos nos besamos los dos.

Fue un beso puro que nos unió
y ante Dios fue un signo de amor,
que seguramente nos unció
allá en el Cielo con su candor.

¿No recuerdas? El día amaneció,
nos dirigimos al verde prado
mientras el solaz trueno rugió,
cadencioso y acompasado.

La luna se escondió temerosa,
la lluvia mojó la verde hierba,
y tú me miraste amorosa,
pese a nuestra historia acerba.

ADOLESCENTE ENAMORADA

Mi amor precisaste,
ingenua yo te creí,
tú te aprovechaste
y después yo me fui.

Sólo a mí me queda,
con amargo pesar,
musitar muy queda
y tu amor esperar.

Y, mientras me llega
tu comprensión final,
ahogar mis penas
y odiar a mi rival;

Tenerte lástima
de tanta ceguera,
porque la última
será la primera.

Culpo a mi cielo,
por eso me quejo;
pues tras ese velo
sólo hay pellejo.

¡Que inocentes somos
yendo por la vida!
Les creemos a todos
y somos servidas.

POESÍA ERES TÚ

Me preguntas qué es poesía,
poesía eres tú,
es tu espíritu,
son tu modestia y cortesía.

Si tu belleza es radiante,
tu pelo sedoso,
cuerpo ardoroso,
¿qué puedo pedir como amante?

Tengo todo lo que deseo,
un amor profundo
en el que me hundo
cuando ese cuerpo poseo.

Una persona tan modesta
que es invisible
y muy accesible,
a la que conversar no cuesta.

Mi sumisión y pleitesía
siempre te rendiré,
sólo te pediré
que sigas siendo mi poesía.

ALAZÁN NEGRO

Negro azabache,
crines de fuego,
cascos de jaspe,
ojos de infierno.

Cabalgar veloz,
ágil andante,
corredor feroz
si es contrincante.

Y, con tu paso,
chispas levantas,
como Pegaso
en sus andanzas.

Hueles el aire,
sorbes y comes
con gran donaire,
sin que lo domes.

Alazán negro,
crines al viento,
corre ligero,
con gran estruendo.

Agita el belfo
de espuma blanco,
resuella el belfo,
uncido al banco.
Nadie lo monta,
porque es muy bravo
y los desmonta
como un trapo.

REPROCHES DE AMOR

Rápida, furtiva ilusión de amor,
visión floral de sonrosado encanto,

maravillosa flor de dulce acanto,
amante de la vida y del dolor.

Divina flor sin corazón ni razón,
¿qué perfume vertiste en tu cuerpo,
que me cegó y metió en un cepo,
dejándome sin mi alma ni ilusión?

Amor de dulce ser que me haces tierno,
dulce y alegre por mi mal hallado,
¡devuélveme lo que me has quitado!
¡Sin alma estoy condenado al averno!
Cuando tú apareciste en mi camino,
tu luz me hirió y mi alma desgarró,
fui como campo que el amor desbrozó,
al trocar encanto por cruel destino.

No eres camino de espinas y piedras,
sino de nardos, luz y sueños de color,
mas si a otro amante debes aún tu amor,
tu alma está enredada entre malas hiedras.

Tu juventud corporal dejó prendado,
sensible y vibrante todo mi cuerpo;
quedé atrapado, prisionero en tu cepo,
con la amargura de un hombre apenado.

Todo me abrasaba, era pasión.
Un roce, alguna mirada, un beso,
hasta tu carne de mujer eran celos
al transpirar bajo el abierto blusón.

Si tu reías, yo vibraba amoroso,
desvariaba al contacto de tus manos.
¡Que emoción si se agitaban tus senos!
Me ponía alborozado y candoroso.

Me recorrió un escalofrío un día,
al sentir tu cercanía y contacto.
En un instante, buscaste mi tacto
posando tu mano sobre la mía.

Pero, al despertar, ya en mi mano
no descansaba la tuya; ya se marchó;
el hechizo pronto deshecho quedó
cuando, de pronto, me faltó tu mano.

Yo te di el pan, mi cariño y calor.
Y te alejaste de mí, mujer ingrata;
mi compañía ya no te era grata,
porque por mí nunca sentiste amor.
Tú sólo fuiste una perdida, ingrata,
me entregaste ese, tu cuerpo de mujer,
para tener con él goce y placer.
¡Qué daño me hizo tu pasión barata!

Extinguiste la llama de mi amor
con ese odio que sólo en ti había.
Era mentira el amor que decías,
me lo escondías tras un falso dolor.

Mujer perversa, tú misma te condenas.
¡Óyeme bien! No equivoques tu vida:

placer es fruta madura de un día.
¡Óyeme tú! Que en ti aún no hay cadenas.

No te dejes seducir por las perdidas
que te arrastran al mal; piénsatelo antes.
Mas si caes en las ruedas infamantes,
aprende el dolor de sus heridas.

EL SUSPIRO

¿Estás suspirando, mamá?
Sí, suspiro, hija mía.
Tú, ¿por qué suspiras, mamá?
Por la limpieza del día.

¡Sí! Quito polvo y ceniza;
barro hasta que está limpia,
dándome la gran paliza
durante todo el día.

Suspiro de cansancio.
Me agota tanto esfuerzo.
Y, cuando lo hago despacio,
me riñe un jefe mastuerzo.

Por eso suspiro, niña.
Si al terminar no brilla,

me ganaré una riña
y romperá mis costillas.

Si no tienes los papeles,
de documentos careces.
No somos más que peleles
que ni respeto merecen.

DICEN Y RESPONDEN

Los ancianos proclaman:
“Juventud, divino tesoro”.
Los jóvenes responden:
“Vejez, juventud que desdoro”.

Las desposadas dicen:
“Sois amos por naturaleza”.
Los casados replican:
“Sólo anheláis honra y belleza”.

Los púberes afirman:
“Los adultos nada nos dejan”.
Los adultos replican:
“Madurez no es lo que reflejan”.

Los pequeños comentan:
“Quiero ser adulto y mandar”.

Los padres argumentan:
“Como adulto, no podrás jugar”.

Los trovadores dicen:
“Mirad con alma y sentido el dolor”.
Los críticos responden:
“Vuestros versos son puro clamor”.

Los obreros se quejan:
existimos para trabajar.
Los patronos contestan:
Con esfuerzo, todo has de lograr.
Los científicos ruegan:
La verdad debe ser buscada.
Los ineptos protestan:
Sin buscarla, ya fue encontrada.

Los animales gruñen:
Queremos pastar libres y en paz.
Los monteros arguyen:
Con la caza no hay bestia rapaz.

Los árboles susurran:
Nos aniquilan sin medida.
Las personas contestan:
Sois leña para nuestra vida.

Los océanos nos gritan:
Nos llenáis de muerte y basura.
Los hombres les replican:
Callad, sólo sois agua oscura.

Los difuntos reclaman:
Fuimos vivos como vosotros.
Los vivientes murmuran:
El olvido es ley en nosotros.

Así, unos siempre dicen:
sus quejas, pidiendo solución;
Y otros les contradicen:
zanjando, déspotas, la cuestión.

EL SONETO

Un soneto me han propuesto hacer,
pero yo nunca me viera en tal brete
por intentar ser un gran petimetre,
y meterme a un soneto hacer.

Si no te consideras un Cervantes,
ni pretendes dominar este arte,
no intentes la cabeza quemarte,
que, con prisas, nunca se llega antes.

Si deseas que alguien te escuche,
si pretendes que lo escrito se lea,
no te comportes como un peluche.

Deja fluir tus palabras en diarrea.
No conviertas tu cabeza en estuche
que guarde tus palabras sin pelea.

QUÉ ES LA VIDA

La vida es como eco que rompe el silencio,
voz fugaz que se desliza pasajera,
grito sin voz en un eterno lamento
que conduce al alma hacia su frontera.

Contrato de pacto que nadie suscribe,
reloj sin minuterio, pausa o espera,
tiempo perdido que la muerte proscribe,
enigma infinito o incierta quimera.

Ignorancia de pregunta insistente
que busca una respuesta a su proposición
y enloquece la mente del inocente
con lo absurdo de su amarga transición.

Es musa caprichosa, siempre al acecho,
con anhelos rotos y voz de demente;
somos sus marionetas para desecho,
movidos por hilos sin alma ni mente.

Tirana que manda con puño de hierro;
marcándonos el pulso en cada latido,

nos conduce y arrastra hacia el destierro
en círculo eterno, cruel y retorcido.

Danzamos al compás de su desenfreno
aguardando ver algo en su sombra fugaz
que responda preguntas sin resuello,
calme el fuego del alma, y llene de paz.

Mas, ¿qué es la existencia sino una batalla
entre sombras que bailan en un reflejo?
¿Pensar no es golpear contra una muralla
que nos aísla y ata a invisible espejo?

Al nacer nos ofrece cielos radiantes
y luego nos condena a mil noches sin fin,
pactos rotos y deseos distantes,
suspiros ahogados en olvidos sin fin.

Aun así cantamos llenos de ternura,
desafiantes a su yugo impasible,
porque en cada herida y cada locura
se oculta el milagro de lo invencible.

Nos da el paso del tiempo, cruel carcelero
que controla impulsos, la carne y el hueso;
reviste de ensueños rotos con acero
al burlarse en giros de nuestro progreso.

Nos da el ansia de razón, destino y verbo
y, al borde del vértigo, nos hace callar,
como un dios pretencioso, eterno y acerbo,
que observa el juego sin quererlo explicar.

Se ríe de mis luchas, que nunca nombro
por buscar algún sentido en un caos sin fin,
o descubrir su ruina llena de escombros,
su chispa que se apaga al albor del confín.

Así nos mantiene, con rachas de viento,
frágil ilusión de dar un paso fugaz,
ocultando en cada silencio el tormento
de saber que la vida es un azar voraz.

DEFINICIÓN DE LA ALEGRÍA

Eres explosión que agita mi calma,
que rompe la tristeza con rayos de luz,
el suspiro feliz que despierta el alma,
que coloca los éxitos al contraluz.

Cuando la brisa susurra sus memorias,
el viento gira y juega entre risas,
eres calma que aparca vueltas de norias
cargadas de amargos recuerdos sin prisas.

Eco de una risa que nunca se apaga,
aroma fresco en abierto perfume,
chispa de colores que nos embriaga,
caricia de felicidad que presume,

y que despierta el gozo y la alegría,
risas sin temor y dicha sin un porqué;
despejando la desdicha que agría,
dulce y amarga, como droga de un parque.

Bailas con recuerdos de tardes felices,
sueñas estar en el jardín de un vergel
donde levantan el vuelo las perdices
y nos distinguen y coronan con laurel.

Contigo, el día se vuelve radiante,
las sombras se trasforman en rayos de luz
y la risa se convierte en desafiante,
como preciosa danza del velo al trasluz.

Pones en cuarentena el agrio pasado
con tu canto que al corazón ennoblece,
disipando el recuerdo olvidado
con augurios del amor que nos fortalece.

Cantas a la lluvia, al sol y la luna;
caminas entre niño, joven y viejo;
nos sacas de tristeza que nos acuna,
aunque ya sólo nos quede el pellejo.

Como un rápido parpadeo eterno,
destellas fugaz y aceleras el pulso,
disuelves culpabilidades de averno
y reverdeces el juvenil impulso.

Nos acercas el pasado al futuro
en barco que surca las olas sin puerto,

con vientos que impiden abrigo seguro
en un viaje hacia el futuro incierto.

Dejas hondas huellas que son un encanto;
conviertes nuestro invierno en verano
y el alma expandes envuelta en su canto,
con el eco que apaga el ser cotidiano.

Eres todo y nada, fuego y hielo;
presunta pregunta que nos llena de ardor
cuando contemplamos absortos el cielo
y opresivo regresa el recuerdo traidor.

Brújula que señala un mundo incierto
nos muestra un puerto escondido y seguro,
alejado de rachas del frío cierzo,
y hace que el corazón sea más puro.

Verbo escondido en nuestro silencio;
peso ingrátido de un suspiro en el viento;
sonrisa desenfadada ante el desprecio;
tristeza olvidada en cada momento.

Ausencia de sombras y júbilo eterno;
risa y celebración de cada momento;
sensación de felicidad y gobierno
en encantador resumen de memento.

Eco vital que hace al corazón latir
con canto que emerge del caos interno;
danza vibrante sobre morir y vivir,
con risa profunda de existir eterno

Eres flor en la necesidad sedienta,
primavera en la hoja antes de caer,
suave brisa sobre la calma violenta,
eterno amor que no nos deja decaer.

Abrazo que aplaca violentos años,
dulce certeza sobre el amor y el querer,
sonrisa que borra el silencio del ayer,
cielo estrellado en noche de amaños.

Y si la tristeza disuelve el rastro,
que tus huellas sean polvo reptante,
dibujando estrellas de alabastro
que digan que no fuiste sólo un instante.

FELICIDAD

Felicidad es un río
que danza en días soleados,
susurra en un desafío
y brilla en charcos cegados.

Es calma tras la tormenta,
abeja libando una flor,
licor cuando se fermenta,
un regazo acogedor.

Canto que refresca el viento
risueño en cada giro,
cuando ruge más violento
dejándolo en un suspiro.

Esconde sonrisa breve
en miradas que se encuentran,
son copos de blanca nieve,
amigos que se reencuentran.

Llama que nada concede,
pero alumbra y despierta,
que ante tristeza no cede,
dejando pena desierta.

Flor que florece eterna,
raíz afianzada con fuerza
en compañía fraterna
que la alegría refuerza.

Eco que rompe silencios
con sus abrazos sinceros,
y olvida los desprecios
de personajes groseros.

Es luz que el alma despierta
con su gloriosa sensación,
que explicar no se acierta
si no es con una canción.

Así que danza con fuego,
con la nieve y el viento,

y suspira en un ruego
que nunca llegue tu adviento.

Que la felicidad siga
en latidos del corazón
y que la vida prosiga
sin buscarle una razón.

UN DÍA COTIDIANO

El sol entra a través de cristales tristes,
la habitación parece iluminada
y plagada de difusas sombras grises
al amanecer que inicia la jornada.

Se despereza el cielo poco a poco,
despierta la ciudad con su banalidad;
con café en la mano y un bollo de coco,
escucho murmullos de poca calidad.

Susurros de rutina y confraternidad,
comentarios jugosos en barra de bar,
algarabía chiquilla en la vecindad,
chillidos que pronto deberán acabar.

Se encienden motores, se cruzan miradas,
las calles se agitan con humos que tejer

y nubes de contaminación cargadas
que los coches producen en su renacer.

Torpes transeúntes con paso apurado,
respirando el cargado aire de ayer,
bajo la luz del moribundo alumbrado,
que el sol embrolla y enreda sin querer.

Así inicia el día y muere la noche,
continuidad diaria llena de vacuidad,
pasajeros involuntarios en coche
o peatones pululando por la ciudad.

Pasan lentas las horas como hoja al caer;
los segundos son como viejo ventanal
que sólo nos deja la vida extraer
con su protector resguardo del vendaval.

Sonrisas perdidas y trabajo que hacer
son los momentos que repiten el ritual,
lágrimas furiosas, apenado quehacer,
son un respiro que rompe con lo inusual.

Y, al final del día, apagado el ruido,
la luna nos habla de días mejores,
sueños postergados y el amor perdido,
de esa calma que anhelan los mayores.

Así muere el día, como agua que brilla,
con sombras y luces, con su calma mortal,
y el reloj que nos empuja a la orilla,
y su rutina, que es algo inmortal.

MAÑANA, TARDE Y NOCHE EN UN PISO

Por la mañana,

el sol asoma en un tímido amanecer,
su tibia luz se alarga sobre el piso,
que la oscuridad intenta revolver,
revelando cada grieta sobre el friso,
recordándonos que incluso un piso
oculta cicatrices que hay que resolver.

Se cuela entre persianas oxidadas
y su luz se filtra como un suspiro,
pinta las paredes con sus sombras largas,
acaricia rincones con dedos de oro,
se desliza por la ventana, tímido,
susurrando esperanzas renovadas.

Las sombras bailan con timidez amante
en los rincones del piso frío, callado,
y el despertador suena con mal talante,
desvelando el sueño que nos ha atrapado,
en espera de oír el primer paso dado,
como viajero en un andén trepidante.

Mientras se escucha el ritual del café,
como dudas en la mente de un sabio,
tintineo al mover la cuchara sin fe,
con un gesto dormido lleno de agravio,
y pequeña gota que cuelga del labio
antes de que apuremos nuestro café.

Por la tarde,

el sol se desliza entre antenas y cables,
se acomoda en los bordes de los cristales,
la luz se espesa con historias amables,
como labios besando zonas vitales
o caricias amantes en los vitrales
rozando la piel desnuda, implacables.

La ciudad gruñe desaforada afuera,
y el aire se empaña y vuelve cálido,
mientras nos cuenta una historia cualquiera
y cada pared guarda ese sol pálido,
con risas ocultas de un eco perdido,
mientras languidece de esta manera.

La luz muere mientras la tarde alza el vuelo
con perfume de abrazos que no se agotan.
Y las risas se reflejan en el suelo,
en baldosas que sienten que las azotan
con botas, tacones y sueños que agotan,
como testigos mudos del desconuelo.

Las sombras se alargan y parecen fantasmas,
como miles de recuerdos persistentes,
pensamientos escondidos en miasmas,
con peso de decisiones existentes,
que son opiniones siempre disidentes
y silencios sin repuestas entusiastas.

Por la noche,

cuando el sol se apaga y la negrura reina,
las luces de neón pintan sus reflejos

y sólo queda el murmullo que los peina,
con eco de voces de días añejos,
en un piso lleno de pesares viejos,
que antaño vibraron de plenitud llena.

Ahora, medita sobre sus propias huellas,
sabiendo que amanecerá otro día
y su claridad silenciará querellas
de las que la oscura noche pendía
con pesadillas de una mente pedida,
que se convertirán en polvo de estrellas.

Los pasos resuenan con ecos lejanos,
susurrados en los encuentros furtivos,
testigos mudos de quehaceres mundanos,
que guardan latidos de los seres vivos
que dejan su huella en gestos esquivos
o abrazos vividos en tiempos cercanos.

Maderas que crujen con viejos recuerdos,
suspiro sin pausa que el silencio rompe,
cómplices eternos de los desacuerdos
bajo el manto estrellado que nos corrompe
y se enreda en los recuerdos que no rompe
para llegar a conseguir sus acuerdos.

En silencio, los pasos se tornan lentos;
en la oscuridad, los murmullos se apagan,
la estancia cruje con gritos violentos
y las pasiones se desatan y amargan
con los viejos inquilinos que amagan
resucitar huellas de noches de cuento.

El silencio se extiende, implacable
y el piso, testigo de días y noches,
guarda cada recuerdo inmemorable,
como un diario sin páginas fantoches,
con un corazón que le sirve de broche
y guarda cada latido reprochable.

EL FORJADOR

Con sus manos rudas y esfuerzo callado,
al hierro ardiente le devuelve su aliento;
golpea en su yunque sonido olvidado,
que modela formas en sublime intento.

Sus manos, herrumbradas por el martillo,
golpean sin pausa sobre hierro herido,
para conseguir quebrar su ardiente brillo
y acallar su clamoroso gemido.

Golpea y sueña; va moldeando las horas,
cicatrizando las heridas del mundo
con martillazos de sus manos cansadas,
sobre su yunque insensible y fecundo.

Golpea el aire con ardorosa prisa,
sudando por el fuego en su cruel batalla,
mientras moldea su víctima sumisa
y acalla, con golpes, gemido canalla.

Su martillo, ariete que el ambiente llena
con chispas que danzan en metal vencido.
Y, con cada golpe que da, nos resuena
con los ecos de un compás desconocido.

Sus cansados brazos, por el metal roto,
conocen el brillo opaco que han golpeado,
insisten con rabia en su quehacer devoto,
recordando el eco sordo y olvidado.

Y en su taller, donde cualquier eco pesa,
forjando su pieza sin pausa ni tregua,
pasa su vida en labor que nunca cesa,
con manos firmes, en claridad que mengua.

Poeta de la chatarra, del yunque y fuego,
que ilumina penumbras de nuestro tiempo,
es el guardián que moldea con su juego
y convierte metal batido en ejemplo.

Y, mientras el humo del taller se eleva,
él sigue forjando, dándole al deshecho,
la figura que en un tiempo nos conmueva,
al darle su forma, latido y progreso.

Es el forjador de las cosas humildes,
del brillo quebrado en corazón que late,
de arrancar del metal acentuadas tildes,
en frenético golpeo de dislate.
Forjador, prosigue forjando tu obra;
golpea el hierro, que gime dolorido,

hasta que su moldeada belleza aflora
en figura con su nuevo colorido.

Forja y moldea también a las personas;
bate su alma con el yunque y martillo;
golpea hasta cambiar sus mentes bailonas,
como los poetas cambian su estribillo.

EL CORTEJO FÚNEBRE

El féretro oscuro, caja de pino y paz,
desfila en silencio, sin ningún clamor,
descansa sobre hombros de quien es capaz
y por estrechas calles muestra su dolor,

Lo transportan sobre crespones oscuros,
con ojos velados que no miran atrás,
y en el silencio, de sus pasos más puros,
recitan plegarias que se escuchan detrás.

Tras el féretro, con llanto contenido,
rostros de mármol, voces cubiertas de cal,
coronas de rosas y lirios sin nido,
caídas sobre el ataúd, como un ritual.

Lo acompañan familiares con su luto
detrás, como cortejo triste de sombras

que, con llanto, hacen su recuerdo impoluto
y murmullos que su vida desescombran.

También rostros de compañeros y amigos,
y algún enemigo del tiempo vivido;
cuchicheos con mezquindad de mendigos,
bajo la capa hipócrita del sufrido.

No hay prisa ni pausa en esta procesión,
lenta serpiente que triste se arrastra,
susurrando su adiós con muda oración
que, en el olvido, el tiempo encastra.

Cruzan la plaza que parece dormida;
la calle con respeto se inclina al pasar,
porque sabe que toda muerte vivida
es un espejo en el que se ha de mirar.

Fina lluvia, cual llanto, los acompaña,
como si sufriera por el alma que se va.
Dolor y llanto que el cariño empaña
con la risa oculta de chiquillos en paz.

A su paso, una persona se santigua,
alguna anciana reza con el rosario,
y un niño hace una reverencia ambigua,
que enfurece al curioso vecindario.

Y, mientras la comitiva avanza lenta,
el cortejo pregunta, sin conocerlo:
¿A dónde vamos? ¿Quién nos sueña o inventa?
¿Qué habrá después y cómo reconocerlo?

Se pierde el cortejo y se aleja el rumor.
La lluvia recuerda qué poco se llora.
Los comentarios se extienden como un tumor
y el pesado féretro, hombros agota.

Ya avanza el cortejo entre los cipreses.
Con pequeñas hojas marcando sus pasos,
la lluvia murmura entre los feligreses,
con un eco de adiós, sin rencor ni llantos.

Desfila lento el fúnebre cortejo,
con duelo que devora y nunca termina,
si la vida escapa sin ningún festejo,
en muerte que llega, todo termina.

Ante su luto la gente se dobliga,
conduce el dolor por senda sin sentido,
y resurge con el recuerdo que anega,
como oscuro pensamiento fermentido.

El tiempo, la lluvia, el día, incluso el habla,
detienen su esencia cuando hace presencia,
pues la vida se escapa en lucha que entabla
inútil y mortal como consecuencia.

Preguntas del alma que nadie responde,
dolor de corazón que nunca termina,
apretón de manos que no corresponde,
y penosa angustia que aflora y germina.
Las campanas no doblan con su tañido
la liviana lluvia; el cielo oscurece

y moja y empapa el féretro bruñido
de lágrimas de llanto que no merece.

No hay campana que su muerte proclame,
sólo el viento calla y la lluvia observa
salir su alma, cuando la muerte reclame
en vuelo que se eleva sin reserva.

Coronas de flores, símbolos del duelo,
recuerdan la ausencia con bandas en oro;
y el canto fúnebre, con su desconuelo,
es eco que arrulla con voces de coro.

El sacerdote recita letanías,
salmodia del alma que nunca perece;
ecos rotos, llegados de lejanías,
que la ceremonia de entierro merece.

Los árboles viejos inclinan su copa,
no por la tristeza, sino por respeto,
cuando un cuerpo regresa a la tierra
para fecundarla en su justo momento.

Cipreses, como vigilantes gigantes,
custodiarán la morada del que parte,
y en los semblantes graves y distantes
se verá la herida muda del descarte.

De un velo negro el mundo lo ha revestido,
mientras gime la tierra al abrir su abrazo;
y el solemne ataúd es descendido,
para encontrar un lecho en su regazo.

El cortejo fúnebre sus pasos vela,
el camposanto exhala su aliento final,
una pálida llama en los cirios riela
y todo se hace con el ritual ancestral.

El cuerpo reposa en hueco sin reflejos,
sepulcro que lo acogerá sin agravio
y lo cubrirá de pensamientos perplejos,
en lecho que a todos convierte en sabio.

La muerte irrumpe y mata los apetitos,
no sigue ni soporta las directrices
y al hombre se lleva sin pompa ni gritos;
ahora descansa en paz, sin más matices.

Mas no existe final, tan sólo partida.
La muerte sólo es la caída de un trono,
cese de la tiranía de la vida
cuando el ser asciende con acervo encono.

El alma, como pájaro sin su nido,
sin lágrimas abandona al que parte,
posado en las ramas del árbol caído,
porque el muerto no irá a ninguna parte.

¿O se va a alguna parte sin retorno?
¿Acaso descifrará ese misterio
donde nuestro yo se envuelve en el entorno
y el alma sólo existe sin magisterio?
No hay respuesta clara ni intuitiva.
La muerte no explica, sólo nos permuta.

Puede ser nuestro fin u otra perspectiva:
llegar al lugar donde el ser se transmuta.

Cuando la muerte habla, sin decir palabra,
la vida silencia como caída escarcha
y al hombre contesta, en un abracadabra:
“sólo eres un instante que pronto marcha”.

MI TERRUÑO

Llegué hasta mi casa,
el alma en un puño,
con la paga escasa,
perdido el terruño.

Mis pasos cansados
buscaban consuelo
en sueños prestados
bajo el mismo suelo.

El viento en mi cara
me trajo recuerdos
de tierra que fiara
en tristes acuerdos.

Al abrir la puerta,
mi hijo sonreía

y su boca abierta
iluminó el día.

Sonriente, me dijo:
“No hay nada perdido”.
Y, así, él predijo
que no estoy hundido.

Volvió la esperanza,
como el viejo amigo
que en cada mudanza
me llevo conmigo.

Mi pan en la mesa
no era abundante,
pero su promesa
era deslumbrante.

No todo es dinero,
ni fama, ni gloria;
es amor sincero
y buena memoria.

Volví a levantarme
con nuevas razones,
y empecé a forjarme
alegres canciones.

Semillas de vida
planté en cada pazo.
Y el hacer su herida
fue como un abrazo.

Vecinos y amigos
sumaron su aliento
para ser testigos
y cambiar mi viento.

Donde hubo silencio,
brotaron cantares
que aún reverencio
como mis ajuares.

Yo ya no era el mismo
que ayer regresara,
caído en el abismo,
buscando luz clara.

Mis manos vacías
crearon un futuro
con fe y alegrías,
vencí lo más duro.

Ahora mi terruño
ya no está perdido,
ni al niño enfurruño,
porque yo he sonreído.

ESCAPANDO A MI DESTINO

A tientas marcho por senda sin marcar,
avanzo incierto con alma cansada,
que mi sombra rehúye en su desmarcar,
destino que baila danza pesada.

Corro entre las sombras de un eco arcano,
que me persiguen, cual fiel centinela,
con cada latir sonando lejano,
y muestran el hilo que el alma revela.

No quiero ser objeto de un ensueño,
ni que gente ajena mate este empeño
al alzar su voz y romper mi sueño,
y hacer que el lento tiempo frunza el ceño.

Destino cruel, amo de lo imprevisto,
pelearé, aunque no pueda resistir;
no seré una escritura en tu registro,
porque nacer libre es parte de existir.

Si he de perder, que pierda por mis pactos;
si he de ganar, que sea por mis actos.
Que no me aten promesas ni contratos,
prefiero ser viento a muros compactos.

Que nadie dicte el rumbo del destino,
ni ilumine el borde de tanto hastío
si me escapo de aquello que es mi sino
cuando la vida me lleve a mi estío.

Comentó el destino: “Todo está escrito”;
pero yo respondí con mi parecer:
“Mi pulso es errante, como un proscrito,
sólo ignoro lo que tú me vas hacer”.

Las voces que claman sendas marcadas
y los rostros que esperan que cumpla un papel,
ignorán que soy de rutas quebradas,
de mar sin orillas, relámpago infiel.

¿Y si el camino ya ha sido trazado?
¿Y si mi huida no es parte del azar?
Quizás al huir me convierto en cruzado,
que nuestro destino no puede alcanzar.

Cuando me escapo, con el tiempo me hallo
en cada intento de desobedecer,
pues la libertad no esquiva el fallo
de ser como otros al envejecer.

UNA CORRIDA DE TOROS

La plaza:

En la plaza llega la hora del valor.
El sol cae a plomo donde hace historia,
que escribe con mucho coraje y sudor
cuando entra el torero con fuego y gloria.

Sube el telón, griterío en la plaza.
Suenan el clarín con ruidoso sonido,
como aviso de que el tiempo no aplaza
y pronto saldrá el paseíllo al tendido.

El paseíllo:

Unos alguacilillos que denigro
preceden a la cuadrilla escasa,
amparando al héroe con su abrigo,
por si su corto paseíllo fracasa.

Del túnel surge, en paso sosegado,
el torero, vestido de centella;
traje de luces en campo segado
y montera que en su testa destella.

Resuena el clarín y la gente aplaca;
la arena arde con sol de mediodía,
y el torero, ya dueño de la plaza,
cruza el albero con firme gallardía.

Lento caminar, lleno de bravura,
que va bordando su estampa en el ruedo.
Rojo capote esgrime con ternura,
sin temblor en el pulso ni en su credo.

Pisa la arena dentro del cortejo,
cumpliendo el rito viejo y consagrado
que lo libera de cualquier complejo,
y ofrece su montera con agrado.

Avanza entre los vítores y palmas
con su arte, silencio y compostura,
que al público enardece en sus almas
y en los tendidos sus voces conjura.

La seda, repujada de oro, brilla;
los ojos del gentío son hoguera,
y bajo la montera el miedo astilla,
mientras la anhelada gloria espera.

El toril:

El toro aguarda encerrado en el toril,
apartado de su escasa manada
por una alargada pica pastoril,
que su paciencia agota en la portada.

Emparedado en estrecho pasillo,
que lo aleja del resto del redil,
solitario, pateo como un potrillo
y bufa como el fuego de un candil.

La faena:

El toro irrumpe, sombra de la muerte,
con fuerza oscura y firme desafío.
Espera que se inicie la suerte
y nos muestre el arte con señorío.

El oscuro animal brama valiente,
con su mirada de trueno en la frente,
y el torero lo observa paciente,
con alma abierta y mirada incipiente.

El astado, de enorme monumento,
bufa el aliento por su faz cerrada,
lanza su embate al claro firmamento,
con la mirada fiera y desatada.

Mas el torero lo espera sin ruido,
quiebra el instante con gran sutileza,
mueve su capote con aire fluido,
teje el engaño con grave destreza.

Pase natural, verónica al vuelo,
muleta al sol, templada y decidida.
Sobre el pisado polvo, con anhelo,
la muerte danza, bella y contenida.

El público de gozo se estremece;
cada pase, lo acerca al burladero;
la faena culmina, y el tiempo ofrece
un instante eterno y verdadero.

El torero, diestro y sin lamento,
lo aguarda erguido con su desplante,
gallardía de arte en el momento,
para que el astado no lo suplante.

El capote eleva hasta el paraíso,
curva el viento, cual flor en movimiento,
que une cuerpos en instante preciso
y hace al pase ser música y lamento.

Verónica, delirio contenido.
Naturales que rasgan la barrera.

El público vitorea conmovido,
al tiempo que él se arrodilla en la faena,

Pase de capote como un suspiro
Tiempo parado, con la plaza en vilo.
Rojo carmín en tembloroso giro.
La muerte danza pendida de un hilo.

El picador:

Suenan clarines, hay cambio de tercio.
La expectación y el jolgorio se elevan.
Venden bocadillos y algún bebercio,
que abarrotados tendidos sublevan.

Un hombre asoma sobre su armadura,
va de luces, con castoreño y pica.
Espolea la drupa de su montura,
y al toro le clava y repica.

Con esto se acaba el tercio de varas.
El astado empuja hundiendo la herida;
intenta cornear gualdrapas raras,
y dejar esa armadura tendida.

Las banderillas:

Anuncian el tercio de banderillas.
Sale de la barrera un subalterno
con dos palitroques de pesadilla
y corre a clavarlas en gesto eterno.

En su pecho no anida ningún miedo.
Cruza el ruedo como un dios entre altares.

Empieza a correr con un valor ciego,
frente al bicho, sorteando los ijares.

Entre los dos pitones se ha elevado,
salvando la testuz, y en pleno lomo
un par de banderillas ha clavado;
después, dos pares más, caídos a plomo.

Tercio de muleta:

Cambia el tercio con redoble anunciador.
El diestro, la barrera abandona;
porta su muleta y estaquillador;
jalea al toro que su vida perdona.

Rodilla en tierra, ¡todo el ruedo vibra!
Pase de pecho y media verónica,
que al rozar al toro desequilibra;
embeleso de arte que hace crónica.

Embiste el toro con noble fiereza,
alza su testuz, saluda al albero,
tira la muleta con la cabeza,
y el torero, firme, roza el acero.

La muerte del toro de lidia:

El estoque brilla al borde del destino,
el toro mira al hombre cara a cara,
cruce de sombras, luz y torbellino,
en ruedo, donde la muerte se encara.

Sobre la muleta enseña el acero,
con valor que el enemigo merece;

clava el acero en ademán certero,
y el astado ensangrentado perece.

El pecho firme, el brazo hacia la gloria,
la estocada se hunde como un rezo,
leyenda abierta en sangre y memoria,
cuando el toro se cae como un tropiezo.

Silencio. Sólo el polvo da respuesta.
La muerte duerme al fin bajo la fiesta.
Con mirada grave y el alma enhiesta,
el diestro, erguido, a la gloria se apresta.

Cuando cae el toro, la arena lo acoge,
y el sol, testigo, en su sangre se moja.
El tendido su estertor recoge,
pero a nadie su muerte lo acongoja.

Entran los cabestros en el albero.
El alguacil realiza el descabello
con un rápido movimiento artero
y sacan al muerto sin atropello.

Salida triunfal del ruedo:
El diestro da vuelta triunfal al ruedo.
Lanza su montera al tendido entero.
Sonríe y recoge flores sin miedo,
si piden orejas y rabo entero.

Pasa entre flores, vítores y cielo;
el héroe va ceñido de respeto,

oraciones viejas y honor sin duelo,
aunque en su pecho lleva un amuleto.

Resuena el clamor; a hombros lo levantan,
sentado en trono de la memoria,
que al arte grande los siglos cantan,
y se alza alabando su victoria.

El sol cae y llena de sombras la arena.
En la plaza sólo queda la pena
de quien toreó con la muerte en faena;
en ella danza y con su gloria cena.

A hombros salen torero y leyenda,
y en la arena queda su arte profundo.
El ruedo aclama su gloria tremenda,
eco que resuena en plazas del mundo.

VELERO AL CONFÍN DEL MUNDO

Me he comprado un barco de alma ligera,
velas que sueñan con cielos abiertos.
Sus drizas susurran historias de eras,
de oscuros mares y vientos inciertos.

Me parece un velero silencioso,
de blanca piel y entrañas de madera,

bajo un cielo infinito y rumoroso,
que sueña con la mar libre y sincera.

Anclado, es un velero soñador,
con blanca vela y cuerpo de esperanza,
que cortará el mar con firmeza y ardor
y al viento dará su alma sin tardanza.

No temerá la tormenta, ni al rumor
de ningún trueno cruel que al cielo alcance,
pues llevará rumbo fijo en su motor
al cruzar el mundo y vencer el trance.

Navegaré hasta el confín del planeta,
donde el sol se esconde en su curvatura,
aunque me agiten las olas inquietas
y azoten lluvias de amarga locura.

Si navego con sueños de estrella,
con tempestades, truenos y espanto,
que dejen en mi viaje dura huella,
yo cantaré sin temor al quebranto.

Brilla su proa con el alba primera,
mientras surca el mar en busca de un puerto.
No quiero descanso, ni costa artera,
sólo el océano siempre desierto.

Lo lanzo al horizonte tempestuoso,
pues arde en mí la sed aventurera
de hallar lo nunca visto y prodigioso,
sin miedo a la tormenta traicionera.

Si el cielo ruge, yo mantengo el rumbo,
mi quilla firme, el corazón de acero,
que con mano en el timón yo lo tumbo
con la escota de mi veloz velero.

Y aunque me azoten vientos sin clemencia,
ni el rayo ni el ciclón me harán virar.
No existe ola que derribe mi creencia:
El fin del mundo existe, y he de llegar.

Mi norte es la estrella de mi constancia;
que el confín del mundo aguarda mi abrazo
con alma abierta, fe y desobediencia,
hasta que agote de mi vida el plazo.

DESPECHO CRUEL

Cuando la noche cayó sobre mi pecho,
y en mi ardiente alma la calma ya no hallaba,
alejarse su figura vi maltrecho,
escuchando su voz que aún me torturaba.

Dijiste con palabras que nadie olvida:
“Quieres que escuche y al hacerlo me pierda;
que el dolor mío te destroce la vida,
pero tu amor con el mío no concuerda”.

La luna fue testigo de mi quebranto;
el viento susurró su cruel desprecio;
y entonces, ciego de dolor y espanto,
transformé tu marcha en regalo de aprecio.

Mi corazón, el huracán desechó,
mientras me volvía sus ardientes ojos,
ríendose a carcajadas de mi despecho.
al ver que, desesperado, caí de hinojos.

¡Oh, traición más negra que la noche misma!
¡Oh, puñal que no avisa y nunca perdona!
Su amor fue como una falsa luz que abisma;
hoguera apagada que el tiempo abandona.

La furia trocó mi alma atosigada,
que, con furia, roncamente, exclamó: ¡Amor!
Grité con voz, por el dolor, apagada,
pero no escuchaste el reproche de mi amor.

Mas no lloré, aunque no encontré tu consuelo,
sólo tu silencio fue mi compañero,
y al quedar con el alma rota, pero en pie,
juré no amar jamás ni ser prisionero.

FUI A UN CONCIERTO

Me invitan a un concierto. ¡Será épico!
¡Un planazo genial! Todos me animaron,
y yo, que sólo soy un fan escénico,
caí, compré la entrada, y allá me arrastraron.

Me he vestido de negro, con premonición.
Compré la entrada de moda, por el *hype*;
según Instagram es “rock indie” ¡Qué emoción!
¿El grupo? Da igual, ¡sale en *reels* con *likes*!

Con camiseta que dibuja una explosión,
y entusiasmo que al cansancio no dará pie,
abandono mi casa en una conmoción,
y corro tanto que caigo por un traspié.

Gel en el pelo, por si el viento traiciona;
me sé tres canciones, lo que es ser fan total
si el concierto del empujón funciona.
Y así llego, frente al escenario, al final.

Estampida de hípsters con cara seria,
buscando selfis con mirada existencial.
Son zombis que se mueven como bacteria,
y hace horas que se pierden en lo virtual.

Me pisan ambos pies, sin pedirme perdón;
algunos ya cantan en tono precario,
reclamando que aún no empieza la función,
al tiempo que los calma inútil becario.

El telonero canta como ballena,
se arranca soplando sobre una armónica.
Y me pregunto si merece la pena
oír sonar semejante filarmónica.

Brincan y gritan por detrás, cual canguros,
y me vierten un vaso sobre la espalda.
El público vibra sin ver más futuros,
grabando la tormenta que los respalda.

El del pogo choca y pisotea sin piedad.
Aplaudo su ritmo, como en una esgrima.
Con móvil en alto, grabo su indignidad.
El bajo retumba y su canto da grima.

¿Bailar? Ni en broma; si sudo me despeno.
La diva, en *playback*, con autotune a tope;
mejor hago *stories* con mi ceño risueño,
rogando a la jaqueca que no me arrope.

Luces y gritos de *fans* lanzados al aire
se mezclan con los sudores por perfume
y el dolor de sus pies con gran donaire;
drogas que con su olor adormecen y sumen.

El tipo de al lado huele a zombi frito
de ojos perdidos en un filtro brillante,
pero estamos unidos para este rito
de escuchar música y vivir el instante.

Una llora, sin entender ni una letra,
y grita histérica que fue algo mágico;

lanza su sostén, que al escenario entra,
y al vuelo lo atrapa un músico estático.

Yo esperaba rock, no drama sin melodía.
En resumen, sólo hubo el humo que flota.
Canté mal, desafiné lo que podía,
pero en este loco caos, nada se nota.

Termina el concierto. ¡Momento bendito!
No sé si sonó mi tema favorito,
mas tengo ocho selfis, ¡y salgo bonito!,
como recuerdo de un concierto proscrito.

Al final, vuelvo a mi casa descompuesto,
cansado y roto, sin saber qué es lo que vi.
Tras loca jornada, feliz y dispuesto,
digo: ¡Lástima, por desgracia me atreví!

EL POETA MALDITO

Surgió entre sombra y cenizas,
con versos de puñaladas.
Creó víboras por caricias,
lunas de musas atrapadas.

Tatuó diablos en su pecho,
para que fueran reflejo

de su aliento y su despecho,
con su pluma de vencejo.

Vivió en cuarto de misterio,
con oscuridad de averno.
Siempre olía a cementerio,
con escritura de infierno.

Versaba en carne y pecado;
bebía hiel en cada estrofa,
en pergamino quemado
con risas de baja estofa.

Soñó rimas en la niebla,
con tinta pobre y alma ciega.
Dio su voz a la tiniebla,
y escribió con hoz que siega.

Sólo oía voces heridas
de estrellas apagadas,
que dictaban otra vida
con sus rimas mutiladas.

Su pluma ardía en penumbra
con sus sueños imposibles;
versos de luz que no alumbra,
sangrantes e invisibles.

Alzó su voz contra olvido.
En cada estrofa soldado,
versó la noche sin ruido,
arte viejo y sepultado.

Creó nebulosa bandera
de indiferencia y simpleza,
como tesoro que espera
poder matar la pereza.

Cayó mil veces erguido.
Su pluma fue fiel espada,
sin lauros, gloria o sonido,
con su sangre derramada.

Jamás vendió pensamiento,
aunque su ser devorase,
ni pactó por un sustento
que la tristeza borrarse.

En los cafés no se nombra.
Sus obras duermen con polvo;
su verso muere en la sombra;
y su musa es un estorbo.

Siguió terco en trinchera,
porque fracasar doliente,
gastando el alma en quimera,
es vivir calladamente.

Escribió sombras en bruma,
que nadie lee o espera,
con tinta negra de espuma
y rimas de calavera.

Un cuervo hay en su tejado;
sujeto por un alambre,

grazna muy desencajado
su triste canto con hambre.

Quemó su alma en cada línea,
en cada verso que quiso.
La soledad fue rutina
que pudrió su paraíso.

Los dioses nunca lo vieron.
Vendió su alma por un verso,
que los hombres acallaron
y nadie leyó inmerso.

Murió sin un epitafio,
con silencios encubiertos,
víctimas de su naufragio,
y rumor entre los muertos.

Amó ruina y demencia,
grito seco en un convento;
buscó ausencia y clemencia,
y murió sin testamento.

Su alma vaga por los ríos;
la oyes reír entre las ruinas,
donde se esconden impíos
que no saben de doctrinas.

ODA AL PESCADOR

Al alba, con brisa, comienza el cantar;
los barcos despiertan al sol soñoliento,
las redes apiladas se van a estirar,
y el puerto se llena de jovial aliento.

Al amanecer, parten, redes al hombro
y besos de despedida en la mejilla,
soñando pescar un pez que cause asombro
y que la mar esté serena y sencilla.

El mar, en sus olas, les susurra su amor
y envuelve en su manto de espuma y fragancia
cuando el barco navega tras cada rumor
y abandona el puerto lleno de arrogancia.

Sus risas suenan al cruzar la bocana,
con la espera de buena pesca ese día;
la bruma da paso a radiante mañana
y el viento los acompaña en cofradía

Embisten las olas con forzado tesón,
se agitan los peces en red que se cierra,
gritos de alegría inundan el malecón
al coger las presas que la red encierra.

Y, al fin, recalán al amparo del muelle,
recuentan la pesca con gran expectación,
manos curtidas sin nadie que descuelle
e historias repletas de sal y bendición.

Los gatos en el puerto aguardan su festín,
olisquean la brisa con aire excitante;
se apilan cajas de pescado sin postín
para pasar revista del comerciante.

Ahora, las esposas y novias recuerdan
que pronto a la casa llegará el pescador
con cuentos de aventuras que las diviertan
y recuerdos de un sentimiento delator.

Sus manos cosieron redes con anhelo,
tejiendo con tino un porvenir amigo,
sentadas en el puerto en atento celo,
mientras sus marinos buscaban abrigo.

Regresan con sudor reluciendo en su piel;
eco de risas atraca con la barca;
el puerto reverdece de hojas de laurel,
cuando el sol se esconde y el tiempo se aparca.

Las olas se aplacan y, con calma, se van;
las redes, juntas, descansan en su lecho;
las gaviotas alzan el vuelo y graznan,
y las ratas salen e inician su acecho.

En casa hay risa mezclada con vino y pan,
celebrando capturas hechas en el mar,
con sueños futuros de ser un capitán
que mande en un barco que llegue hasta ultramar.

En cada amanecer se repite el ritual
del pescador en busca de su destino,

hasta enfrentarse con esa esencia vital
del huracán soplando en mar asesino.

Así comienza y así termina esta historia,
porque cuando el sol está en todo su esplendor
todos ríen celebrando la victoria,
pero en tormenta ven las olas con terror

Entonces, al alba, sin ver el augurio
que el cielo avisa con un negro nubarrón,
las olas crecientes con mensaje espurio
y viento racheado que presagian el horror.

Las redes vacías sin presas ni peso,
los petos empapados y llenos de sal,
la lluvia empapa con furia y exceso,
mostrando al mar el compás de un juicio final.

El mástil cruje lanzando un lamento,
la brújula, loca, gira a su través;
suben y se hunden a cada momento
y el mar los espera en su último revés.

Su grito suena en el fragor del oleaje,
la espuma cubre sus esfuerzos y la piel.
Pronto, el cascarón sin carga hace un visaje
de proa, se hunde y acaba su luna de miel.

A sus familiares, la espera desgasta;
sus redes recosidas ya no pescarán;
las olas no cesan y el dolor se engasta;
pronto sus nombres sólo los recordarán.

Cuando el naufragio no devuelve al ahogado,
lo sumerge en sus aguas y apaga su voz,
deja en el puerto su recuerdo callado,
con un llanto sin fin y una ausencia atroz.

Aún miran la espuma, por si los devuelve;
recuerdos olvidados del ser querido.
Mas el mar, celoso, su mortaja envuelve,
y sepulta su nombre en el barco hundido.

EXISTENCIA DE UN POETA

Existes en un mundo pasajero,
donde se confunde ilusión con sueño;
donde la verdad es un mensajero,
y nadie del espíritu es su dueño.

Donde los sueños se hacen realidad;
del mediocre los premios son consuelo,
y la escoria es la brasa de calidad
que esconde la materia en el subsuelo.

Fantasía de una mente obsesiva,
y espíritus que alegremente vuelan
sobre una realidad tan opresiva
que hasta los mismos difuntos recelan.

Quiere abandonar olvido y deriva,
donde el amor es sombra que consuela,
más cada luz que alumbra está cautiva,
y el alma encadenada se desvela.

Libra en cada persona una batalla
entre el deber, su fe y la desventura;
es flor que al alma sufrida encalla
entre las cenizas de una aventura.

Cuando la noche parece cerrada
y el silencio arrastra su cadena,
surge una voz, tal vez desesperada,
que nos habla del dolor de su pena.

Canta al amor con demasiada pena,
con dolor que agarrota su garganta,
y en cada verso su alma se enajena
y su frágil esperanza levanta.

Porque en las ruinas aún hay armonía.
De cada lamento nace ternura
cuando el corazón sangra su poesía
y redime el tormento con dulzura.

Así transcurre el tiempo en su misterio,
tejiendo con sus hilos la existencia
al ser que palpita en su cautiverio,
que busca en la verdad su resistencia.

RUMORES

Susurro, aire en movimiento
que murmulla sin dar razón;
traicionero como un cuento
que envenena el corazón.

No importa si son sólo ecos,
ni quién los quiso iniciar;
tienen un olor a puercos,
que ya no se puede cambiar.

Escondidos tras miradas,
entran en la conversación;
son como espinas calladas
que alimentan la sinrazón.

Los lanzan sin dar la cara,
temiendo hablar con la verdad.
Su media lengua encara
la ruina ajena sin piedad.

Son las armas del cobarde
que hiere sin manchar su honor,
sin vestigio de su alarde,
soledad, miedo y pundonor.

Rompen la paz del amigo,
rasgan familias sin razón;
pero se llevan consigo
los barrotes de su prisión.

Al rumor nadie detiene;
nutrido por la oscuridad,
repetido, aunque se niegue,
propaga pacto de maldad.

EL PINTOR DE CUADROS MALDITOS

En un rincón oscuro, con soledad,
mezcla colores de sangre y quebranto
en lienzos que gritan maldita verdad,
con hechizos que vuelan sin encanto.

Pincel en ristre, pinta el mal sin miedo.
Sus figuras son su reflejo oscuro,
ánimas que su arte contemplan quedo
en cuadros envueltos de amor impuro.

Cuentan que pactó un trato con la noche,
y que sus cuadros sangran al romperse;
que en sus óleos el diablo hace derroche
de almas cautivas que no pueden verse.

Ahora pinta cuadros con luna llena,
mirada absorta y corazón sin dueño.
Su alma, atrapada en eterna condena,
pinta horrores con trazos sin empeño.

Vierte sangre que los cuadros anega
con susurros, rasgando la negrura;
lamento atrapado que su alma entrega,
y llanto por no encontrar la abertura.

Hay un tétrico paisaje que no existe,
con infinidad de ojos sin pupilas,
rostros sin boca que juzgan lo triste
y lápidas en ordenadas filas.

Sus obras se exponen en casas muertas,
donde el tiempo transcurre sin las horas,
las mohosas puertas nunca son abiertas
y el pesado aire aquietta sus demoras.

No utiliza ni pinceles ni manos
si las sombras se apropian de su trazo,
con demonios que pululan lejanos
y retienen atrapado su brazo.

Pero el pintor no gime ni alucina,
pues su destino ya está decidido:
si no pinta cuadros, todo termina,
y pierde su alma en un arte perdido.

Muerto, su cadáver fue el de un despojo
en lienzo donde nadie se movía,
piel coloreada de sangrante rojo
y mortaja que en su pincel vivía.

El autorretrato ardía sin fuego,
sin nada que apagara su lamento,

con el alma atrapada en su reniego,
gritando muda con su parlamento.

Nadie lo llora y nadie lo reclama,
mas si hallan su pincel por accidente,
un nuevo pintor le venderá su alma,
para pintar horrores con la mente.

Porque el pincel maldito lo persigue,
y lo oscuro siempre encuentra una presa
para que pinte el susurro que sigue
y comience otra maldición impresa.

MIEDO INFANTIL

Cuando la noche empieza su caminar,
se guardan mis juguetes bajo el lecho.
En la pared, las sombras empiezan a andar,
y el miedo cuchichea desde el techo.

La luna, ojo que nunca pestañea,
me vigila en mi sueño sin compasión;
entre luces y sombras se pasea
y susurra en silencio su petición.

La rama de un árbol roza mi cristal,
parece un monstruo que solicita entrar;

me abrazo a mi osito, siempre fiel y leal,
que me asegura nadie va a penetrar.

Crujen los muebles quejido que aterra,
susurran quejas que nadie respetó.
La puerta entreabierta al miedo destierra,
aunque sé que el abismo se despertó.

Escucho soplar el viento con rencor,
cómo palpita fuerte en mi corazón,
y cierro los ojos lleno de temor,
soñando que soy príncipe ante un dragón.

Me apresa el monstruo con dedos huesudos,
la manta no alcanza a mi miedo cubrir,
los muebles gritan crujidos agudos,
como si de pronto pudieran vivir.

Caen mis lágrimas y nadie contesta;
la oscuridad amplifica mi terror;
los rincones guardan maldad molesta,
que me observa con ojos de puro horror.

Y aunque no existan los monstruos de verdad,
la imaginación los crea en su ignorancia;
pero mamá me consuela con bondad
y espanta a los miedos con su presencia.

TRISTEZA DE UNA DESPEDIDA

Te alejaste en una tarde mal hallada,
con mi alma quebrada sin sentir tu mirar,
sintiendo tu sonrisa desdibujada
y eco de pasos que no van a regresar.

Mi corazón se rompió dentro del pecho
cuando el viento me susurró tu último adiós,
que dejó mi anhelo vacío y deshecho,
porque en tu corazón dejé de ser un dios.

Promesas perdidas en la lejanía,
dolor por el engaño de tu deserción,
que me deja esta amarga y cruel agonía
de perderte para siempre, sin remisión.

Tus caricias, arrastradas por la brisa,
persisten recordando un viejo desamor,
como si ese adiós que se aleja deprisa,
sólo fue en mi memoria olvidado rumor.

Quizá pensaste que éramos muy distintos,
que debías separarnos sin preguntar;
ahora, yo velo en estos versos extintos
el paso de tu amor, que no voy a olvidar.

¡Qué tristeza nos deja una despedida!
¡Qué honda desolación deja en nuestra alma!

El adiós es hoja por viento barrida
que el transcurrir del tiempo, a su paso, calma.

ODA AL MOSQUITO MOLESTO

Ha entrado un mosquito en la habitación.
Lo escucho en la noche posarse y volar;
acelera el latido del corazón
y el sueño se esfuma con su molestar.

Lo acoso por haberme desvelado;
persigo con ira y ansia criminal,
pero ríe y escabulle del enfado
con el vuelo de un acróbata mundial.

Zumba alrededor, el muy descarado;
taladra la noche con su zumbido.
Yo maldigo que me haya despertado,
y él se burla aumentando su sonido.

Lo procuro aplastar con mano veloz,
pero el muy bandido me sabe esquivar.
Zumba sobre mi oído cual tenor atroz;
ni un do de pecho lo puede superar.

Me pica en los brazos y también el pie;
marca sus nuevas victorias en mi piel

e introduce su aguijón con hincapié,
hasta dejarme un sabor amargo a hiel.

Yo, para dormir, uso repelente,
utilizo aerosol de aroma fatal,
pero él zumba y regresa, persistente,
como si desfilara en un carnaval.

Lo he imprecado con muchos insultos,
le he solicitado una tregua de paz,
pero no atiende y sigue en sus tumultos,
¡hasta se posa encima de mi antifaz!

Mosquito necio, bailón y fiestero,
por favor, vete y déjame descansar.
Búscate otro brazo o pecho extranjero,
eres un dictador malcriado y sin par.

Por fin, el silencio se hace absoluto,
la noche me lo oculta sin compasión.
Yo, con el rostro tenso y resolutivo,
siento en el silencio mi humillación.

Escudriño trémulo y fatigado
en la oscuridad a quien me desvela,
con mi brazo, acerico asaeteado,
temblando con temor que desmantela.

Lo escuché venir con zumbido ansioso,
como fatal presagio de su maldad.
Su aleteo lento era casi precioso,
hipnótico, como la fatalidad.

Armado de mi escasa valentía,
y de un matamoscas en cada mano,
prendí la luz y acabó la porfía.
¡Y alegre grité como una soprano!

El aire corté con gesto asesino
y el zumbido cesó sin explicación.
¿Lo aplasté, o se trasladó a un vecino,
para reír burlón desde otra habitación?

Lo descubrí y luchamos mano a mano,
en danza cruenta, mortal y desigual.
Usé el matador en golpe inhumano.
¡Hasta el tabique tembló con su final!

Dejó en la pared marcada memoria,
con su cuerpo destripado en su traición.
Suspiré contemplando mi victoria:
¡muerte pequeña, pero con gran lección!

Ahora duermo, satisfecho y valiente,
con sus picaduras, pero con honor.
Si otro viene, yo estaré más pendiente:
¡seré su juez, verdugo y su destructor!

EL NÁUFRAGO SOLITARIO

Las olas lo empujaron sin compasión
a la playa de un islote olvidado.
El cuerpo herido, lleno de confusión,
y el corazón latiendo castigado.

Con quejido apagado por la espuma,
sin más amigos que la arena y el viento,
descubre que su soledad lo abruma,
y el temor en su mente toma asiento.

Traza en la arena recuerdos del ayer
con dibujos de ensueños que ya no están,
y mira el mar sin saber si ha de volver,
ansiendo el día que lo rescatarán.

Pronto, la soledad aumenta el rencor,
porque la isla es un desierto olvidado,
que debate entre su deseo y temor,
con el alma perdida en un descuido.

Los días se acumulan sin clemencia
y el desaliento le clava sus garras.
Anhela la ciudad en su demencia,
surcando el agua sobre sus gabarras.

Deja en la arenosa playa todo el temor,
que la resaca del mar va borrando.
Ni las aves responden a su clamor,
ni el tiempo el disgusto va mitigando.

Otea el horizonte de aquel bravo mar,
buscando el navío con el que sueña;
y aunque la soledad le lleva a llorar,
dibuja en la arena su propia estrella.

Talla en un árbol su anhelo sin temor:
una vela blanca surcando el viento,
de un navío que mitigue su clamor,
guiado por su creciente desaliento.

Mas su desánimo desaparece,
cuando ve resurgir vida en la arena,
y recobra lo que la vida ofrece,
olvidadas su soledad y pena.

Una cruz de ramas para su tumba
hace con mucho cuidado y esmero.
Y, para sosegar su alma en penumbra,
un barco atisba y calma el desespero.

DÍA DE PAGA

Hoy es un día de paga;
los jornaleros se alegran,
nadie se queda a la zaga
y los rostros lo celebran.

Los peones salen de la obra,
la gente ríe en la calle,
donde la tristeza sobra
y no le falta un detalle.

Los empleados y tenderos,
vendedoras y enfermeras,
policías y bomberos,
botones y camareras.

Todo nuestro orbe en general,
siente orgullo y oportunidad,
con alegría celestial
y sensación de impunidad.

Yo pretendo ser modesto
expresando lo que siento,
y aunque os resulte molesto,
os diré cómo me siento:

Llegó mi día anhelado;
dentro baila mi corazón,
recibo el sueldo esperado,
y mi alma canta una canción.

Mis pies danzan por la acera,
bajo un sol radiante de paz.
Evito tristeza artera
de una invitación incapaz.

El dinero suena inquieto
en el bolsillo, a resguardo,

por ser rumboso y coqueto,
para gastar sin retardo.

Un expreso con espuma,
unas cañas con su ración.
Mi penuria ya se esfuma
y todo me suena a canción.

Los sueños ya no están lejos;
la cuenta habla de mi festín.
Hoy lanzo besos y cortejos,
y bebo licor borrachín.

Cuando oí: “El pago ya está hecho”
y el sueldo salió del cajón,
orgullosa saqué pecho,
dispuesta a gastarme un riñón.

Hoy me quito los grilletes
con el baile de un musical.
Y a mi hijo compro juguetes,
que convertirá en vendaval.

La vida se ve rosada
con dinero en el bolsillo.
Soy triunfador de barriada,
mequetrefe de pasillo

Ese es mi día de paga,
con las penas olvidadas
y la gente que te alaga
por tus monedas deseadas.

EL INFIERNO DEL TRAIADOR

Traicioné como sombra sin estrella,
con el alma exhalando pestilencia,
escondido cual violada doncella,
y mi cuerpo hirviendo en su penitencia.

Con alma en noche que nunca declina,
herida por el hierro más ardiente
y continua desgarración felina,
me muero cada día eternamente.

Me guie por oscuridad sin estrellas,
con su hediondo aroma de pestilencia;
en una abismal noche de centellas,
y mi mente rota en su penitencia.

Arde en mi pecho fuego que me aceza
ante mi traición de lo más sagrado,
porque cometí la mayor vileza:
por condenarte, fui el condenado.

Con lengua viperina que delata,
oculto en la sombra devoradora,
lo hice con alevosía insensata
y falsa palabra difamadora

Sujetado del cuello por la culpa,
me siento como el ahorcado de un ciprés
que, con jadeante lengua, se disculpa,
mientras muere por sus pactos de ciempiés.

Entre fuego y hielo estoy suspendido,
donde el condenado gime en la escarcha,
con fuego que abrasa su contenido,
en su pena eterna que lo remacha.

Recuerdo con lágrimas mi perjurio,
y en cada recuerdo yo me maldigo
por no haber escuchado el augurio
que el eco de su castigo predijo.

Los lamentos resuenan en las sienes,
en círculos danzantes de reproche,
y apretado entre tus manos retienes
el silencio opresor de cada noche.

No hay lágrimas en mis resecos ojos,
sólo mucha tristeza, renegada
con la angustia que enturbia los despojos
de mi conciencia inmunda y apenada.

Revivo las traiciones repetidas,
reflejos de mis crímenes en otros,
que señalan traiciones maldecidas,
que escucho en entrecortados sollozos.

Pasa el tiempo sin alcanzar el perdón
de traición contra la lealtad atenta.
El traidor cava su propia perdición
y es fiel guardián que su culpa violenta.

La culpa, que negrura desentraña,
remueve cada día el sufrimiento

y, al amanecer, mi mente enmaraña
con su hiel y repetido escarmiento.

E imagino que yo fui aquel hombre
que con beso vendió su juramento,
para conseguir un falso renombre,
y mató el alma en su remordimiento.

EL CAOS

Si el caos con su desorden aparece
y se adueña de lo que está presente,
demostrar terror no te desmerece,
ni que tu valor permanezca ausente.

En sitios donde rige el tiempo incierto
y el orden huye sin su despedida,
acude el caos, con espantoso acierto,
bestia sin orden ni ley decidida.

Tiemblan los seres sin amor ni duelo,
con sus gritos y voces sin sentido.
Ni permanecen, ni emprenden el vuelo,
porque la seguridad se ha perdido.

Los espectros flotan independientes,
vuelan y se clavan como alfileres,

con una sensación hecha de dientes,
que muerde la espalda de los poderes.

Terribles sombras oscilan sin vida,
corrompen nombres, rostros y días,
dejándonos la mente desprendida
de sus insensatas filosofías.

Se retuercen como pez sin el agua;
consiguen que el tiempo sea olvidado,
con su desorden que no se apacigua
en busca de un equilibrio arruinado.

En un estado de extrema confusión,
de desorden y de falta de control,
donde es imposible toda predicción,
aparece el caos fuera de su crisol.

Todo se convierte en gran agitación;
el orden y la ley se desvanecen,
en un silencio lleno de pulsación,
como eco de ese caos que permanece.

Ninguna idea permanece en su lugar;
no existen ni normas ni organización
cuando el caos emerge con su gran chirriar
y desequilibra nuestra institución.

¿Qué es el caos? Tal vez es discordante eco,
un error en el ideal existencial,
marioneta arrinconada en un hueco,
para bailar de una forma demencial.

Dentro del caos, tan extraño y profundo,
hay una armonía que canta y miente;
que renace al romperse nuestro mundo,
como flor fugaz donde está la gente.

ÚLTIMA LUZ EN ELA

No existe dolor más cruel que saberse
vivo, alerta, agonizando y pensante
cuando la vida comienza a perderse
y se aleja lenta, instante a instante,

como flor deshojada, pétalo a pétalo,
mustia, indefensa, arrancada del rosal;
que muere rota, sin dar escándalo
y termina arrojada en un lodazal.

Encarcelada en cuerpo que aún respira,
gime el alma su congoja en el pecho,
nadie la escucha, la gente se admira
al ver cómo muere ahogada en su lecho.

No se alza ni camina, se arrastra;
es culebra en busca de encontrar valor.
Su aliento es un fuelle que se encastra
entre la vida y la muerte, con dolor.

Pérdida emocional y cognitiva;
calambres, dolor y espasticidad
como comparsa de la comitiva
que de la vida quita su calidad.

Silentes espectros que lo persiguen;
negrura nocturna cuando es de día;
asfixia en pulmones que no resisten;
saliva en caminos que nadie guía.

Los órganos ceden, pierden la guerra.
Sus brazos son de la fuerza remanso;
su mano no alcanza ni coge, ¡aferral,
y el tiempo se borra, despacio y manso.

Dentro se lucha contra un inframundo.
Las ideas son memorias vivientes
en un espíritu intacto, profundo,
prisionero de sus huesos dolientes.

Torpe susurro que despacio invade,
la vida expolia, sin prisa ni ruido,
y desmoraliza, en un triste alarde,
hasta el coraje más desconocido.

Pronto su voz se quebrará en el viento
y sus brazos no abrazarán el día,
quietos, temblorosos por el intento,
gritándole "Estás vivo todavía".
Por momentos, la fatiga se espesa,
cada suspiro parece un abismo;

la mente, las ideas ya no apresa
y sólo aguarda en pálido mutismo.

La piel se enfría, la mirada es vaga,
las sombras crecen, están al acecho;
los calambres aparecen cual plaga,
como una electrocución sin despecho.

No hay gestos en su lento deshacerse,
ni el adiós que no encuentra su sonido,
sólo el alma que, con miedo a perderse,
se apresta para un viaje sin camino,

repasando amores y despedidas,
los rostros que mantuvo en su memoria,
sufridas penas, risas compartidas,
y los recuerdos dulces de su historia.

Su cuerpo yace tendido, no reza,
está pendiente de su último hálito
aspirando el aire sin entereza,
exprimiéndolo gota a gota, ávido.

Su agonía no es sólo sufrimiento,
es el umbral de un tránsito callado,
es querer alcanzar el firmamento
con el decrepito cuerpo aún anclado.

Y cuando le llega ese último instante,
donde no hay más dolor, ni más batalla,
una paz apacible y desbordante
abraza al cuerpo y el silencio acalla.

TIEMPOS DE CENSURA

Gritar “Quiero ser” ya era un anatema
en la absurda era de Maricastaña.
Decir “No creo”, de muerte era la pena
por la necia Inquisición en España.

Pedirlo al pueblo afligido,
es crucifixión para ese pecado;
Hoy, mandas un meme mal entendido
y serás criticado y cancelado.

Antes, al tener semejante desliz,
en los tiempos de espadas y antorchas,
era condena en el tajo al infeliz,
para picota de cabezas pochás.

Sócrates ingirió y bebió veneno
por decir lo que pensaba en Atenas;
Gordiano Bruno, quemado en averno,
Galileo, arrastrado por cadenas.

Hoy, basta con opinar diferente
y en Facebook criticarán tus penas,
en Insta, te tildarán de disidente,
y en X cortarán hasta tus venas.

Si en la Edad Media pecado mortal
era cuestionar el dogma divino,
hoy criticar una “política ideal”
te cuesta tu trabajo y tu destino.

Antes, el cura, con ceño severo,
condenaba al fuego por desvarío;
ahora es un *hater* quien, sin un fichero,
te lincha en Internet con poderío.

“Prohibido opinar” fue popular lema
para evitar cadalso y guillotina;
ahora un *hashtag* y ya no tienes tema,
si le pulsas al *like* que a ti te arruina.

Antes, censura con látigo y reja;
hoy, con emojis y normas tan finas,
que ya ni el mejor sarcasmo despeja,
por miedo a ofender a tantas doctrinas.

El “Gran Hermano” ya no se disfraza,
politiza en vivo, opina y vigila,
con filtros, normas y oculta amenaza
si opinas mal o tu mente vacila.

Cada palabra debe tener guía,
revisión y sumisa validación,
no sea que ofendas, te cojan manía,
y llores por culpa de dar tu opinión.
Y proseguimos así, siglo a siglo,
cambiando látigos por actual wifi;
misma mordaza, diferente estilo,
con un *like*, que te diga *bye bye friki*.

EL BANQUETE

Sobre la mesa refulge el gran festín:
copas deseando el descorche del vino,
fuentes de hielo con formas de postín,
surtido de aperitivos cansino.

Frutas en sus fruteros, sobre el mantel;
cubiertos para cada necesidad;
panes partidos en rebanada fiel
y tostadas sin ninguna variedad.

Un pavo, en el centro, como cascabel,
adornado con patatas y fruta,
seduce las miradas sobre el mantel
de los comensales con ansia bruta.

En torno a la mesa, miran su festín
con corazones en un sordo latir.
Se acomodan las sillas desde el jardín,
con miradas furtivas, sin decidir.

La sonrisa danza de boca en boca
al rellenar las copas para brindar
con el vino que da alegría loca
y aperitivos que podrán liquidar.

Alguien tararea desentonando,
sin condena por un comensal o juez,
y es aclamado por un can ladrando.
El caldo hace estragos. ¡Menuda embriaguez!

Alguno le arranca una pata al pavo
la agita y grita: ¡Que empiece la guerra!
Sin miedo, el perro la muerde muy bravo
y se lleva el trofeo, al que se aferra.

El anfitrión clama, con aire cansón,
que en sus tiempos él fue un gran sabueso,
y al atrapar el plato de chuletón,
se lo zampa sin dejarle ni un hueso.

Una aceituna escapa del canapé,
huye del perro, sin rumbo ni freno,
y un niño que juega y chuta al balompié
apalea la mesa como un trueno.

Alzan las copas consumando el ritual,
con restos de fruta y sueños perdidos,
y a este brindis dan un tono formal:
“¡Brindad por presentes y conocidos!”.

Los invitados ríen sin sentido,
entre babeos de su pastosa boca,
mientras cae la noche con su latido
del alma y, con vino, se hace loca.

Los rostros lucen con reflejos de sol,
llevan dentro el elixir de la historia,
regado con brindis de rojo crisol,
en manos sedientas de una victoria.

Gritan otra vez: ¡Brindemos y bebed!
con embriaguez que ninguno recela

y torpor que empapa un reloj de pared
con la disculpa: “porque arde sin vela”.

Y entre los hilos de tan dulce rumor,
el perro come con cara apenada
y mastica las sobras de mal humor,
oculto a la fiesta, detrás de nada.

UN DÍA EN EL SUPERMERCADO

Fui al súper con lista en la mano.
Entré decidido a comprar el jabón
y los productos que tuviera a mano,
vigilado por “segurata” mirón.

Acerqué la lista al uniformado,
y al leerla se burló el muy majadero.
“Esto parece lista de un mercado.
¿Alimenta pingos de un picadero?”.

Ante tan descarada amonestación,
salí a la carrera sin un destino.
Al pasar, una mujer gritó: “¡un ratón!”
y era el niño del comprador vecino.

Mi carro chirriaba en la curva al rodar,
con ganas de tomarse vacaciones,

y me miraba con ganas de gritar:
“¡No más curvas en busca de emociones!”.

Pasé por verduras. ¡Oh, cuánto terror!
Por tocar un tomate huyó la pila,
rodaban las zanahorias con fervor,
¡y yo, reteniéndolas en su fila!

Pedí pan, que me dieran una barra;
el panadero farfullaba francés,
y una *baguette* saltó de su *bocarra*
parecida a unas gafas al revés.

En los lácteos busqué mi yogur griego,
pero un señor me lo arrebató al vuelo;
le dije: “¡Era mío, se lo ruego!”,
y me lanzó un quesito con revuelo.

El queso cantaba como el reguetón;
el yogur bailaba sabrosa salsa,
y un gracioso salami pidió perdón
por situarse como una nata falsa.
En las frutas, un plátano que voló
gritó “¡libre!” antes de comerlo un glotón,
y un melón contra otro melón se chocó,
¡montaron su propia huelga sin razón!

Quise pagarlo con una galleta.
La cajera, sonriendo, aceptó a medias:
“Le falta chocolate y la etiqueta,
¡o se lo cambio por varias monedas!”.

Su escáner falló al pasar los fideos,
leyó como artículo tumefacto,
y dijo la cajera entre jadeos:
“Al escáner le ha causado un impacto”.

Abandoné el lugar con mil bolsitas,
y el coche situado en *parking* de entrada,
¡con desmesurada compra y cositas,
mejor me pido comida empacada!

Tiré las compras y, con desfachatez
más propia de un vendedor de seguros,
me dije: “Jamás volveré aquí otra vez.
¡Ya estoy harto de ofertas en apuros!”.

CEREMONIA CON MARCHA NUPCIAL

En una escalinata, al pie de la iglesia,
rumor de invitados que la boda aprecia.
Los futuros suegros aguardan pacientes
la llegada de unos novios impacientes.

Silencio en el templo que hasta el aire encoge,
la iglesia suspira, a la espera se acoge.
Al llegar, el rumor se apaga sin prisa,
y el vacío templo se llena de brisa.

El novio, cogido del brazo de su madre;
la novia, alegre, acompañada del padre.
Les sigue el cortejo, entre chistes y risas,
engalanados para escuchar la misa

A su entrada resuena, como un latido,
el sublime órgano, solemne y divino.
En el templo de Dios resuena el misterio
cuando avanza la novia con paso etéreo.

La nave atrona con la nota primera,
con canto solemne, de marcha sincera.
Los bancos se alzan, la gente se gira,
y el tiempo se detiene un instante y vira.

Es la marcha nupcial, con su gloria y temblor,
la que envuelve los muros de amor y rubor.
No es sólo un sonido: es un eco divino,
que abre el camino de un sagrado destino.

Camina la novia, iluminada de luz,
con paso calmoso, bañada al contraluz.
Cada pisada, un verso y, como un latido,
la gente observa el amor que han consentido.

Se eriza la piel, los ojos se mojan,
la emoción no habla, pero todos la alojan.
La marcha prosigue, majestuosa y fiel,
como una oración tejida en laurel.

Va con velo y cola, de blanco vestida,
como naciente aurora de alma rendida.

Delicada y pura, vestida con su fe,
camina al encuentro de un “siempre te amaré”.

El novio, orgulloso, aguarda al pie del altar;
sonríe al ver la novia y se deja llevar.
El altar luce con velas encendidas,
que encaminan los pasos de almas reunidas.

Sus ojos son reflejo de calma y cielo,
sonrisa de encanto y andar en un vuelo.
La aguarda el novio con ganas de morirse,
si no se casa, no podrá redimirse

Las flores adornan mil poemas sin cuento;
las campanas doblan por el sacramento.
El tiempo se inclina ante el cura en el altar:
dos almas, un voto, un mismo caminar.
Y, al subir al altar en esa armonía,
es como si Dios dijera: “Aquí es el día”.
El órgano calla, la historia comienza,
y la marcha nupcial queda en la conciencia.

El altar está con cirios encendidos,
testigos del amor, la tierra y los ritos.
Los ángeles cantan su coro celeste,
deseando que a los presentes no moleste.

Ella, serena, como flor de promesa;
él, como estatua que nunca se confiesa,
firme y sereno, mirándola en silencio
y el corazón latiendo en santo comienzo.

Sus manos se buscan, sus miradas se hallan,
y un juramento reza cuando ellos callan.
Ante el Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
se juran amor eterno sin espanto.

Unidos los dos ante el cura sirviente,
se juran amor y cariño creciente.
El sacerdote alza las manos con celo,
invoca la Gracia y alcanzar consuelo:

“Con este sacramento, de alianza en amor,
os uno en su divino lazo acogedor”.
La oración se escucha, la pasión florece,
y el Espíritu entre los dos aparece.

Las manos se entrelazan con valentía,
la fe las consagra, la Iglesia las guía.
Y al clamar el “sí” frente al crucificado,
sellan con ternura lo eterno y sagrado.

“Lo que Dios ha unido...” —susurra en el rito
y sigue— “romper la unión tendrá delito”.
“Ahora, en señal de esta unión, podéis besaros,
juntos, como si quisierais abrazaros”.

Un beso se dan frente al crucificado,
en señal de pacto sagrado y sellado.
Es un beso ruboroso, con timidez,
que poco a poco relaja su rigidez.

Enlazan las manos, sellan sus destinos,
unen sendas y hacen uno sus caminos.

Y el beso primero, de fuego y santo grial,
es música eterna de una marcha nupcial.

Doblan las campanas, con son que congrega
en eterno amor cuando el alma se entrega.
Y en cada redoble de su canto triunfal,
se descubre el compás de una marcha nupcial.

Vuelven a repicar su alegría plena.
La gente sonríe en la salida llena,
con el arroz que espera su lluvia final,
y su vida empieza con la marcha nupcial.

VOZ INFANTIL QUE EL VIENTO SE LLEVA

Nació humilde, pero entre canciones;
con flores, risas, cuentos en la brisa.
Hoy sólo quedan ruinas y rincones,
donde la muerte muestra su sonrisa.

Jugaba con sus muñecas de trapo;
corría alegre entre sendas de flores;
su risa clara sonaba en el patio,
como musical de sueños y amores.

Pero una noche, el cielo se desgarró,
cayó una bomba, rugió la metralla;

su madre muerta, su padre no volvió,
y entre sus cenizas quedó maltrecha.

Con paso frágil, cruzó la alborada;
la niña temblaba en rincón de sombra,
pues cada trueno, cada luz sembrada,
derriba el mundo que en escombros nombra.

Su escuela yace rota, sin ventana,
su voz no encuentra maestro que la guíe;
en sus cuadernos llueve la mañana,
mas son cenizas que el viento persigue.

Un trueno ardiente, vendaval de fuego,
rompió su casa y sepultó a la madre;
su padre huyó, oculto tras un labriego,
y nunca volvió su sombra culpable.

Entre los escombros perdió la pierna,
su llanto ardía como hierro al rojo;
quedó marcada, mutilada y tierna,
mitad niña y otra mitad despojo.

La pobre sufrió aquel bombardeo;
entre gritos perdió casi una pierna
y su cuerpo ganó como trofeo:
cicatriz roja, que el horror gobierna.

Aprendió pronto a andar con la muleta,
a resistir la fiebre y el espanto;
su gemir, aunque crece, a nadie inquieta,
y cada noche se deshace en llanto.

Hedor de cuerpos junto a la penumbra,
violencia que quiebra cuanto la toca,
el miedo arranca infancia y la derrumba,
y el juego es llaga que en su risa brota.

Triste pregunta: ¿qué razón convoca
la sangre, el plomo, el fuego, y la locura?
Aún sueña el corro, una canción remota,
mientras su llanto al corazón tortura.

Un insomnio cruel la cerca y devora,
mil pesadillas la desgarran viva;
y aunque la noche nunca se demora,
la paz no llega, ni el amor arriba.
Pronto se convertirá en refugiada.
Irá a parar a un campamento inmundo,
sola, con estigma de repudiada
y sin poder valerse en este mundo.

El campo erige tiendas miserables,
donde la sed calcina hasta la boca;
arroyos turbios corren, innavegables,
y en barro impuro la miseria ahoga.

La tienda pobre fue su nueva casa,
un campo lleno de miedo y miseria,
con charcos que huelen a orín y grasa,
y agua infecta de cárcel y materia.

El campo erige chozas en márgenes,
tiendas de lona, hedor y suciedad.

Allí juegan, entre los cadáveres,
mientras la muerte se luce de verdad.

Los hombres gritan, matan, violan, hieren;
las sombras llevan látigos de acero;
los niños callan, tiemblan y no entienden
por qué la vida arde con tanto fuego.

Los niños juegan con piedras y barro,
riendo, a ratos, entre muertos y miedo;
pero en sus ojos se nota el desgarró,
la infancia rota llorando en silencio.

Ella veía cada cuerpo apilado,
violaciones, torturas, y dolores;
y cada grito quedaba grabado,
como un espejo de horrores mayores.

Sóñando con su escuela y su cuaderno,
con sus clases, sus lápices y libros;
con maestros dulces, sin voces de averno,
y un futuro sin hacer equilibrios.

Que no sea como un páramo desierto,
con un futuro que nunca consiguió.
la escuela ardía en su recuerdo incierto,
pero en su memoria la guerra venció.

Ahora, sólo sobrevive escondida,
hecha un ovillo dentro de la tienda;
sólo quiere llorar y huir de esta vida;
entregar su cuerpo como una ofrenda.

La noche es cárcel de insomnio y gritos,
de pesadillas de fuego y disparos;
la niña llora y no encuentra delitos,
abrazada a su miedo sin reparos.

El hambre la devora en carne ajena;
sus huesos son el mapa del tormento;
su risa, rota, en fuego se envenena;
su infancia muere en cada cruel momento.

El hambre hiere con puñal de hielo;
su piel se aferra al hueso transparente;
su llanto vuela roto por el cielo;
su grito muere entre la turba ausente.
Temblando, coge su cobija al vuelo;
sus duros huesos destacan en su piel;
las moscas negras ya rondan su cielo,
y el pan soñado resulta un eco cruel.

Su hambre roe, y el agua nunca alcanza;
los pozos son de barro y podredumbre;
y sueña el pan que tuvo en la bonanza,
mas hoy mastica polvo y pesadumbre.

Su cuerpo tiembla, su alma se desploma;
no hay cama blanda, no hay abrazo tierno;
sólo tierra fría, que la desloma,
y el atroz miedo que habita en lo eterno.

Un día, quiso preguntar al cielo
por qué la guerra roba lo más puro,

pero su voz quedó colgando al vuelo,
pues la respuesta fue silencio oscuro.

Y así, pequeña, creció entre las ruinas,
mitad de carne, mitad cicatrices.
En sus ojos se posaron neblinas,
plagadas de suplicios sin matices.

Hasta que un mal día su cuerpo cedió:
sin pan, sin agua, sin nadie a su lado.
Sus sollozantes ojos al cielo alzó,
y su sufrimiento quedó sellado.

Niña de guerra, llaga estremecida,
quien te contempla rompe en llanto mudo;
siembra de horror tu infancia desvalida,
y tu dolor lo sentimos agudo.

Niña de guerra, historia sin futuro,
grito que rompe al hombre y lo desnuda;
si tu dolor hiere y pone en apuro,
quizás el mundo escuche, aunque estés muda.

Ya no hay lamento en su boca reseca,
ya no hay gemido en su pecho rendido;
sólo un recuerdo que el viento alimenta,
sólo un fantasma que nos habla al oído.

“Yo soy la niña que murió en la guerra;
soy la inocencia que el odio devora;
soy la pregunta que queda en la tierra:
¿qué dios no escucha si la niñez llora?

No me olvidéis, no borréis mi memoria,
no me cubráis con silencio y ceniza;
pues mientras siga la guerra en la historia,
habrá muertes cuando se coloniza.

Que cada niño que muera en combate
caiga en la conciencia del ciudadano,
porque su crimen, por siempre imborrable,
será la sombra del género humano.

Los que fabrican las bombas de acero,
los que comercian con sangre inocente,
los que se esconden detrás del dinero,
son los culpables de horrores y muerte”.

LAMENTO DEL EMIGRANTE

Marché llorando, hundido en la tristeza
dejé mi hogar, amigos, familia y altar;
llevando al hombro toda mi pobreza
y eterna angustia que me asfixia al andar.

La risa de los míos se hizo llanto,
sus viejas manos sujetaron mi piel;
partí jurando regresar muy pronto,
pero tanta distancia se volvió cruel.

Dejé mi hogar con lágrimas selladas,
ahora duermo muy lejos, bajo otro sol;
las voces de mi sangre están clavadas,
como una herida abierta, en mi corazón.

Recuerdo el campo, el río, sus canciones,
las manos de mi madre en la cocina;
hoy cargo solo angustias y razones,
una maleta rota y mi rutina.

Oigo palabras duras, extranjeras,
que no entiendo y condenan cada día;
me pierdo en calles frías y severas;
soy sombra muda en la melancolía.

Las gentes hablan lenguas que me hieren,
con sonidos que me obligan a esconder;
yo callo, sufro, miro y nada entienden;
soy la sombra rota de un atardecer.

Trabajo esporádico en lo más bajo,
sólo migajas, sangre y humillación;
mi mente clama, pero me rebajo,
pues aquí nada importa mi corazón.

Sólo encontré trabajos humillantes,
que apenas dan el pan de la miseria;
mis manos, que eran fuertes y brillantes,
se agrietan con pena y rota materia.

En barrios pobres busco mi refugio.
Allí, con otros descargo mi dolor,

recuerdo canciones con licor sucio,
como un eco frágil de lo que es amor.

En guetos grises busco algún consuelo,
y con gente de mi patria me reúno;
allí comparto penas y desvelo,
encauzo y revivo un poco mi rumbo.

Papeles faltan. Vivo en carretera,
lleno de miedo en cada calle oscura;
soy extranjero en un país que te encierra
y carga en mí la ley como tortura.

Sin los papeles, vivo perseguido,
me oculta el miedo, latiendo mi temor;
cualquier frontera me declara indigno,
porque soy extranjero hasta en mi interior.
Me duele verme sucio, derrotado,
avergonzado de alzar mi propia voz;
yo, que soñaba ser un hombre honrado,
ahora soy un fardo, sombra sin valor.

La soledad me hiere, me lastima,
me cubre entera la vergüenza ciega;
quisiera alzar la frente, si me anima
la voz que dice: “nada en ti se entrega”.

Sin ver a mi familia me consumo,
no sé cómo estarán, ni si me esperan;
mi mente recuerda, según presumo,
juegos de niñez que no merecieran.

Poco sé de los que amé, ni si viven;
no sé si pronuncian mi nombre o existir;
me muerde el alma el dinero que piden,
me arranca el sueño y condena a resistir.

Ahorro pan quitándolo del sustento;
les envío el fruto de mi fe mortal,
para que ellos reciban mi alimento
y no les falte nunca lo más vital.

Ahorro en gastos, me niego la comida,
mi propio cuerpo pago en sacrificio;
porque allá lejos sé que da la vida
mi humilde envío, fruto de mi oficio.

Y en este exilio duro, interminable,
me aferro a la esperanza que persiste:
soñar con un regreso inalcanzable
y ser, al fin, el hijo que aún resiste.

Pero aquí sigo, hundido en la desgracia,
sin otro horizonte, buscando algo más;
mi llanto grita, aunque mi boca es reacia:
“soy emigrante y no volveré jamás”.

EL MUSICAL DEL DANZARÍN LOCO

Cascabel al frente y gorro de colores,
baila el saltimbanqui, con risa exultante;
danza frente al espejo lleno de soles,
para presumir de su arte deslumbrante

¡Que todos abandonen sus amarguras!
El bailarín del chaquetón de retales
danzará para devolver sus corduras,
burlándose de tristezas inmorales.

Danza el bailarín, con volatín brillante;
se dobla, se estira, se enrosca en el aire
con gorro de puntas, cascabel sonante;
un pie lo sostiene y otro huye al desgaire.

Salta en punta y se carcajea del suelo.
Gira al vuelo, da tres vueltas, cae de lado,
como un arcángel expulsado del cielo,
y se eleva como un dios descoyuntado.

¡Excelente, bravísimo, caballero!,
se aplaude con su propia sonrisa hueca,
y el cristal del espejo, socio embustero,
le devuelve con ironía la mueca.

Hace lazadas y nudos con las piernas;
en sus manos, volatines en un dedo,

que al estar trenzados semejan cavernas
en un relámpago que destruye el miedo

El espejo ríe su baile parlanchín,
se burla del mundo con gesto farsante,
da vueltas, volatines, cabriolas sin fin,
como si tocara en el suelo a su amante.

Ríe siempre como río desbordado,
gesto desquiciado y risa adolescente,
con cabriolas mil en círculo bordado,
con una discreta música envolvente.

El espejo, cómplice de su alegría,
observa cada uno de sus movimientos
y el aire se arrodilla ante esta poesía
de ilusiones y felices sentimientos.

“¡Saludos, mortales! ¿Envidiáis mi gloria?
Viéndome, olvidáis males y memoria.
Olvidense de sus deudas con euforia;
yo doy vueltas en el aire como noria”.
¡Qué farsa tan seria su eterno gimoteo!
Aplauda la nada, la música insiste.
¡Qué máscara alegre del propio mareo!
Gira y salta, mientras el mundo resiste.

“Miren, voy como cuerda de una guitarra;
con tres volteretas les robo el infierno,
y, si estás serio, te hago mueca bizarra,
hasta conseguir tengas gesto fraterno”.

El espejo observa, como rey sin cetro,
más sonriente y burlón que cualquier clérigo
cuando te pone cuernos en el féretro,
mientras rezando dice: “yo te bendigo”.

“Suenan unos violines encantadores.
Tocan flautas invisibles el carnaval;
y yo ejecuto mis saltos soñadores,
repitiendo siempre el mismo ceremonial”.

“Yo giro hasta que te marees de pensar.
Salto en el aire y caigo de costado.
Prefiero hacer cabriolas, el aire trenzar,
y que la música acabe su reinado”.

Porque el loco, en su baluarte no es el rey,
sólo un muñeco en una caja musical.
Si la cuerda acaba en objeto de carey,
sólo queda un bufón dormido en su cristal.

Cuando el resorte se detiene, cansado,
queda la caja en silencio, apagada;
mueren las notas y se cierra el teclado;
el loco descansa, muñeco sin nada.

El telón cae, se doblega la locura;
el danzarín se recuesta desinflado,
dormido y prisionero de su figura;
la cuerda gime con estertor cansado.

Cesa la melodía, calla el cascabel;
el danzarín se desploma sobre el retén

y, al cerrarse la tapa sobre su escabel,
deja al loco sin su música ni desdén.

Era una caja de música de alambre;
sin darle cuerda, calla la melodía,
y, al cerrarse la tapa, muere el enjambre
de la música y bailes con su armonía.

La función acaba, aplaudan mientras puedan,
que el loco ya no baila al ver el espejo;
sin cuerda, los engranajes ya no ruedan,
pero en el interior queda su reflejo.

EL APÁTRIDA

Ya no poseo patria; soy raíz cortada
en árbol seco que perdió su suelo;
mi voz se quiebra, la esperanza es nada,
sólo hay oscuridad en vez de cielo.

Sin patria, estoy sin nombre ni bandera;
mi hogar quedó hundido en lontananza;
mi país es sombra de cárcel severa;
mi existir, paso errante, sin confianza.

Recuerdo el heno, el aire de mi infancia,
las voces pueriles, risas de escuela;

añoro el lujo de aquella ignorancia,
en un mundo hostil que nunca consuela.

Mi hogar murió oculto en la distancia;
el amor de mis padres se hizo viento;
y me acucia el hambre de la fragancia
del jardín que guardo en mi pensamiento.

En las calles, el silencio me duele;
no entiendo un mundo que me desconoce;
mi lengua muere sin que la consuele;
soy voz sin sonido, patria, ni goce.

Lenguas ajenas usan mis vecinos;
sus bocas hablan, mas no las comprendo;
permanezco preso entre desatinos
de un gesto agrio, hosco, del que dependo.

No hay lugar que me aguarde en la comida,
ni techo propio, o un calor humano;
sombra perdida en tierra fementida,
esquivo huésped en mundo inhumano.
Los trabajos que hallé son humillantes,
con barro y sol que hieren mi memoria;
mis manos, antes sabias, hoy sangrantes,
imploran lejos de su antigua gloria.

De un sitio a otro arrastro mi pobreza,
con labores que deshonran mi historia;
yo tuve títulos de gentileza,
hoy sólo tengo lodo en vez de gloria.

Sin registro legal que dé abrigo,
me acompaña el miedo de ser cazado;
soy invisible en todo, y no testigo;
apenas polvo en viento desquiciado.

Sin papeles, siempre estoy escondido,
acosado al pasar cada frontera;
cada acto es fuga y no está permitido;
soy sombra errante, visión pasajera.

No tengo amigos, nadie me consuela;
mi propia imagen me provoca espanto;
mi situación sin tregua me desvela,
y la vergüenza me sepulta en llanto.

Sin amigos, ni un hogar que me espere,
ni carta escrita con ternura y calma,
mi corazón en soledad se muere,
mi voz se ahoga en la cárcel de mi alma.

Me vence el peso atroz de la vergüenza;
me convierto en estorbo donde vaya;
sin consuelo, mi llanto me avergüenza
al no poder salvar tanta muralla.

Cada noche imagino la ribera,
los campos verdes y el hogar perdido;
allí mi infancia floreció guerrera,
y allí perdí lo que jamás olvido.

De noche, vuelvo al aula de mi infancia,
a aquel maestro que expandía mi mente;

insomne y solo, preso de la ausencia,
sin calor en la frialdad de la gente.

Si os confieso mi pena es porque me arde,
porque en mi pecho el mundo se derrumba;
deseo un lugar donde al fin quedarme,
un nombre limpio, y paz que no sucumba.

Y, mientras sigo errante en esta vida,
sin patria, raíz o ningún horizonte,
mi angustia clama, rota y desmedida,
gimiendo eterna por ser polizonte.

CAUTIVO POR UNA INCAPACIDAD

Solo y abandonado a mí destino,
soy como un prisionero en mi habitación;
cautivo de incapacidad sin tino,
a solas con mi triste meditación.

Mi mente es celda angosta y carcomida,
que se asfixia en denso aire sin consuelo;
la angustia va limando lenta vida,
escondida detrás de un turbio velo.

Estoy cautivo entre cuatro paredes,
como fiera presa en jaula de cristal

que, aunque ante su pasividad enredas,
sólo escapará si vas al hospital.

Mi mente es celda tosca y retorcida,
con ventanuco arriba, inaccesible,
de poca luz, pobre como mi vida;
mi cuerpo en silla dura y despreciable.

Me entumezco al paso sordo del tiempo,
adormecido en su lento transcurrir;
matándolo con algún pasatiempo,
como si al hacerlo volviera a vivir.

No tengo voz que aliente mi memoria,
ni manos que me busquen en la herida,
borrando los recuerdos de mi historia,
en mente que es un eco de mi ruina.

Afuera salgo a veces, prisionero,
y hago el mismo recorrido, sumiso;
observo un cielo lejano, viajero,
dócil a la guardiana que preciso.
La soledad es látigo severo
en mi habitación, fría y traicionera,
vacíandome la mente por entero,
como objeto perdido en cajonera.

Me muerde rencorosa en un costado,
y me siento bestia en jaula corroída;
con tedio consumido en su reinado
y una eterna nocturnidad herida.

Mi mente es cárcel angosta y destruida,
reposa en catre duro y despreciable,
de tristes recuerdos que abren la herida
y de olvido mayor de lo deseable.

Recuerdos que persiguen con tortura,
rescatados al notar cada gesto;
que disuelven mi mente en amargura,
con la impotencia vil de un cuerpo impuesto.

Y en esta oscuridad que me somete
me sé ceniza, sombra y servidumbre;
mi espíritu, encadenado, arremete
y desangra el alma sin que la alumbre.

Mi mente es celda estrecha y afligida,
repleta de pensamientos lúgubres,
sin libertad, confinada y perdida;
impotencia y humillación fúnebres.

Me siento preso y cautivo en mi cuerpo,
sumiso al capricho de cuidadores,
como animal atrapado en un cepo,
oyendo sermón de adoctrinadores.

La casa y habitación, opresivas,
abarrotan y entumecen mi mente
de pensamientos a la defensiva,
ante tanto aburrimiento inminente.

Mi mente es celda angosta y carcomida.
No tengo ni hogar, familia o amigos;

solo con esta soledad sufrida,
en lucha sempiterna entre enemigos.

Mi mente es jaula angosta y retorcida,
asfixiada en espeso desconsuelo;
la pena desbroza, lenta, mi vida,
escondida tras espléndido velo.

Solo y desamparado en mí destino,
solitario recluso en mi habitación,
cautivo en un empedrado camino,
muero con mi afligida meditación.

No escucho voz que anime mi memoria,
ni dedos que busquen en la rutina
recordando sucesos de mi historia,
atrapados en un cuerpo en ruinas.

Mi mente, desquiciada y retorcida,
se asfixia en un viscoso desconsuelo,
cuya pena me envuelve conmovida,
escondida con aterrador celo.
Me humilla para dejarme postrado,
cual bestia encerrada en jaula roída;
con tedio consumido y repudiado,
en una eterna oscuridad perdida.

Mi mente es celda sucia y relamida,
asfixiada en un denso desconsuelo;
la angustia desgasta, lenta, mi vida,
escondida tras un tupido velo.

La sombra de la muerte es alargada;
con sigilo se acerca el crepúsculo;
la vida se desvanece, embargada,
porque seré un recuerdo minúsculo.

Al morir, ninguno me recordará;
no dejaré huella de mi existencia;
connmigo mi memoria se perderá,
liberándome de esta dependencia...

CUANDO TODO CALLA

Escribo este poema como réplica:
Cada cual tiene un corazón distinto,
hiriente sensibilidad única
y forma de asombrarse en laberinto.

Cuando todo calla y sólo hay silencio,
el mundo no es más que un eco cansado
y sólo queda un susurro de aprecio,
tu memoria y su recuerdo agotados.

No es el que permanece en los retratos;
está en el olor fresco de la lluvia
o el aroma a pan caliente y barato
o en la forma de un rayo de luz turbia.

Es la manera en que nos ilumina
y rompe todo el polvo al amanecer,
igual que el recuerdo se difumina
cuando en la mente comienza a atardecer.

He vivido en este mundo en silencio,
con la equidad del que no pide nada,
como el árbol que florecer presencio
en el fulgor de su época dorada.

Me he lamentado con gemidos también,
con tristeza por mi ajada pereza,
al ver mirarnos la vida con desdén
cuando observamos que acaba o empieza.

Es como quien ve el mar por primera vez:
sin saber nadar, para no hundirse en él,
permanece quieto con su desnudez;
pez en la orilla con agonía infiel.

¿Sabes qué duele más? Nunca es el final.
Nos duele todo aquello que fue tan real
que nos parecía eterno festival,
estable como constelación austral.

Pero, aun así, aunque la esperanza cojee
y nos caiga la noche sin promesas,
algo en mí hace que, con ternura, hojee,
busque en recuerdos culpas inconfesas.

Porque, si con mis poemas alguna vez
consigo llegar y tocar tu pecho,

necesitaré escribir con brillantez,
en lugar de estos versos de deshecho.

LUZ Y SOMBRAS DE DOLOR

Cuando me abracé al mañana,
como si tuviera frío,
contemplé el dolor bravío
que en sosiego me desgrana.
Su soledad está ufana
si la cantas contra el viento,
porque en la pena que siento,
existe alguna belleza,
que en oculta sutileza,
ahoga cualquier sentimiento.

He visto reír a la muerte
con su mirada vacía,
que en silencio me decía:
“Todo acaba, hasta tu suerte”.
Aparenté y me hice el fuerte,
aunque en mi interior temblaba
con su imagen destemplada,
como esa tristona canción
que estremecía el corazón
porque también yo lo cantaba.

Durante horas que no encantan,
revisé mis sueños caídos;
esos recuerdos tan raídos
que nos hieren y quebrantan.
Eco de risas que espantan
al llanto que nos rebela,
y aunque el dolor me desvela,
sobrevivo al alma herida
al ver sangrar a la vida
si su felicidad vuela.

Cuando mi alma clama herida,
no lo expresa por mi boca;
lo proclama, si la toca,
la verdad adormecida,
si ve en triste despedida
que una mano se demora,
porque ese adiós nos devora
la moribunda esperanza
de esa tímida confianza
que en el pecho se deplora.

He gemido en la ternura
de ese beso que se escapa,
como el bosque se destapa
cuando aclara su espesura.
La felicidad más pura
lleva el germen de un quebranto,
y el amor con más encanto
duele como hincada espina
cuando todo se termina
y rebosa con su llanto.

La enfermedad nos enreda
cuando la vida se acaba...
Y qué profunda es su llaga
si el vacío amor se queda.
Aunque tu piel sea de seda
y tu voz siga callando,
el alma está recordando
el amor que nunca murió,
el beso que nunca llegó
y que en sueños va llorando.

¿Cómo es el amor profundo?
Gozoso cuando florece
y al nacer desaparece
atrapado por el mundo.
Es un terreno fecundo,
un faro en la marea,
dolor que no se desea,
una luz que nunca acaba,
oración con que se alaba,
risa que aún nos tambalea.
Y aunque veas como lloro,
no creas que me he rendido,
a veces oír su latido
produce llanto y desdoro.
Soy de barro y tesoro
la lucha que en su amor gesté,
esa raíz que, aunque yo no esté,
sigue aferrada a su vera,
desdentada calavera,
que aún canta lo que nunca fue.

¿Quién no quiso lo imposible
o amó a un dios de carne ausente?
¿Quién no imploró dulcemente
una eternidad visible,
no creyó lo inadmisible
con una lágrima ausente,
como hoguera incandescente
que al sentirla no quemaba,
pero al marcharse dejaba
una herida persistente?

Soy niño frente al espejo,
que juega a ser hombre íntegro
en un mundo sin reintegro
que muere al ver su reflejo,
deja en la herida un complejo
de ternura enajenada,
o de brisa enmudecida
que esconde el amor que no hubo;
canción que nunca retuvo
y que aún vanagloria en su huida.
Yo soy la unión imperfecta
de mil sonrisas y penas,
voz que en las noches ajenas
se convierte en luz infecta.
Nostalgia que nos conecta
con la niñez que no vuelve
o madre que nos envuelve
cuando el mundo nos maltrata
y su sombra nos rescata
con ese abrazo que absuelve.

Risa y llanto a cada paso,
como el loco que aún espera
que la existencia sincera
nos enlace con su lazo.
El dolor no es un fracaso
si encontró alguna alegría,
y si un “te amo” se decía
antes de que todo cayera
y ese amor se consumiera,
pues su canto fue poesía.

Y, cuando todo termina,
que me encuentre preparado,
con el pecho desgarrado,
pero el alma cristalina.
Que mi voz suene ambarina,
despierte ecos en la helada,
y cante sin decir nada...
Pues al vivir fui sincero
y siempre fue lo primero
mi canción enamorada.

REMEMORANDO A MI ESPOSA MUERTA

Te declaré mi diosa,
no para ponerte en un altar del cielo,
si no para que ese cielo se inclinara

cuando tú mirabas con amor en celo
y conseguías que mi alma se ensoñara
de pasión fervorosa.

Eras templo y pedestal
con tus silencios, lágrimas y alegrías;
sentimientos que los dioses reconocen
sin que al hacerlo perdamos energías
o el cielo acalle el amor que desconocen
por ser algo accidental.

No viví, sólo te amé.
Ante tu sudario lloré tu pérdida
y comencé a buscarte por los rincones,
susurrando tu nombre el alma rendida,
como el que desea que el tiempo traiciones
cada vez que te llame.

Y en esa conspiración,
yo era como un satélite sin órbita,
recordando caricias y sensaciones
que nadie imagina si no las imita
o es un satélite lleno de emociones
en vasta constelación.

Dejaste un relicario
de oscura noche que no desaparece;
de lecho convertido en altar vacío,
con sus recuerdos que el tiempo desvanece;
sólo tristeza y soledad que no ansío
viviendo en tu santuario.

Aún anhelo en mi boca
tus labios, ya ceniza de un sol extinto,
y en mi pecho, donde aún late fuerte tu eco,
la compañía que desea mi instinto
y muere cuando a tu larga ausencia impreco
con mi tortura loca.

Mujer, esposa, diosa,
prosigues en mi mente después de muerta,
respirando tu dulce aroma en mi nuca,
en una existencia que dejaste incierta,
mortaja que envuelve esta, mi edad caduca,
de veleidad odiosa.

UN MUNDO DE JÚBILO

Renace el alba con su tono dorado,
pintando el día sobre un lienzo de miel,
con brillantes colores de lado a lado,
mostrando en un fulgor su dulce cairel.

La vida se escancia del cáliz del viento,
sonríe la gente sin prisa ni edad,
las nubes juegan ante el portento
de existencia que danza en su brevedad.

Niños jugando, el amante que se atreve,
el piar de un ave, la mirada al pasar,

instante secreto que a todos conmueve
si uno aprende simplemente a observar.

Nunca desees ni gloria ni oro en la frente,
ni busques caminos que sepan callar;
la dicha transita, sencilla y silente,
al paso de amigo, para disfrutar.

¿Las sientes? Te iluminan sin un motivo,
son risas sin causa, es la paz sin final.
No abras más puertas para sentirte vivo;
eres milagro de lo inmenso y cabal.

Escucha muy quedo el eco que susurra:
“Da sin medida y jamás te faltará.
Que explote en tu pecho y nunca te aburra
ese júbilo puro que en todo está”.

Florece en silencio, sin ruido ni prisa,
impulso del alma que quiere estallar;
brota de los ojos y nace en la risa,
embriagando tus pasos sin preguntar.

Es canción infantil que jamás se olvida,
madre que te arrulla sin verla jamás,
es brasa escondida con sed compartida
y hermosura que nunca estará de más.

Contigo la alegría exhala su aliento,
el aire te nombra sin voz ni papel
y el amor se palpa en las alas del viento,
que volando deja su luz en tu piel.

¡Oh, qué maravilla es sentir que se puede
vivir sin más meta que amar y existir!
Que basta una mano tendida a quien quede
envidiando a otro ser, para construir.

Y, cuando descubras esa luz escondida
que rompe en mil soles tu mundo interior,
sabrás que todo, incluso pena vivida,
fue el camino para alcanzar más amor.

¿Lo ves? No hace falta que nadie repare
en tu gozo secreto y dicha sin fin,
porque en cada gesto que tu alma comparte
se aviva la llama de hermoso festín.

Ahora, sin palabras, dirás el secreto:
quien siembra alegría, cosecha el hogar;
no hay dicha más honda, ni cielo más cierto,
que el gozo sencillo de amar sin cobrar.

Si lo pensamos, otro mundo es posible;
basta con desear el bien, sin envidiar;
querer, sin aguardar un pago imposible,
con el orgullo del torero al lidiar
Ser nosotros mismos, siendo como uno más;
ver sólo lo bueno y destruir lo malo
con las penas y alegrías de los demás,
entregándote para su regalo.

DONDE LA LUZ NO ALCANZA

Donde la luz no alcanza a iluminar,
donde la luz no alcanza a embellecer,
se esconden sombras que debo eliminar
y la oscuridad que debo esclarecer.

Donde la luz no genera inspiración,
ni alcanza para iluminar mi mente,
sólo queda el vacío y la humillación,
para que escuchéis sin estar presente.

Os voy a llorar mis quejas del alma,
abusando de mi frustrada viudez.
Me haré preguntas sin respuesta, en calma,
sometido a métrica y su rigidez.

Hablaré de mi sentir y desazón;
mostraré lo que significa el dolor
desde lo más profundo del corazón,
para conmover si lo hago con valor:

¿Qué debo hacer para aceptar su muerte?
No sé si está lejos o dentro de mí.
¿Qué precio doy a su alma en esta suerte:
el llanto de la carne que aún no asumí?

Nadie me habló de cómo se cuestiona
a quien muere dejando tu alma en ruinas.

Su voz aún me nombra y no me abandona,
como el sol que se esconde entre cortinas.

Cómo haré para perderme en sus ojos,
con los platos servidos en la ausencia.
Qué haré si sólo recuerdo despojos
en un cuerpo que añora su presencia.

En la penumbra gris de mi desvelo,
su recuerdo es espina que no cede.
Gime al aire quebrado desconsuelo
que al alma irrita, desangra y agrede.

Tú que fuiste hogar, refugio maternal,
ahora eres eco en pozo que maldigo.
Se apaga tu recuerdo en una espiral,
como el niño que muere sin su amigo.

Sólo tu imagen duerme sobre el colchón,
sin perfume, con polvo entre los pliegues.
No volverás porque no hay resurrección,
ni hay Dios que me salve cuando le ruegues.

Qué inútil fue tener fe en una ilusión,
si al final nadie escuchaba mis ruegos.
Te busco en sombras que palpo con pasión,
pero tu imagen se pudre en mis fuegos.

Mi lecho está vacío y el reloj gira.
Te sueño a mi lado cada mañana
y sólo oigo que el silencio delira,
escarbando cruel en mi mente insana.

Te hablo, pero eres una densa niebla;
me asomo al pozo sin fondo que habitas
y es como un vaso vacío que tiembla,
difumina todo en frugales citas.

La gente consuela, pero no entienden
que no hay verbo ni lumbre, sólo sombras.
Soy eco de latidos que no atienden
y sensaciones que en la mente nombras.

Soy esposo, padre y madre de nada.
Los recuerdos son mi yugo y mi lecho,
hasta alcanzar esa paz añorada
y mi mente acepte lo que es un hecho.

Te fuiste un martes, o quizás era un jueves.
Mi calendario sangra sin consuelo.
Las manos que acariciaba son nieves
y tiemblan cuando rozan tu pañuelo.

Nuestras fotos, los cuadros, los umbrales,
todo en la casa llora tu partida.
Se oxidan abrazos ceremoniales
y cada esquina recuerda aún tu vida.
Si hay Dios, que no pida que lo entienda
y el Cielo que lo cierre con cadenas.
El tiempo es una herida que no enmienda
y el amor, un cadáver en mis venas.

Perdonad este loco desvarío.
Pretendía haceros llorar mi pena,

pero me he perdido en el desafío
hablando de mi dolor en escena.

Quise alcanzar el llanto de vuestra alma,
tocaros vuestra fibra sentimental,
que recordarais los versos con calma,
y mi fracaso ha sido monumental.

No puedo escribir semejante poema;
soy un pobre escritor que no hace llorar
y, si para conseguirlo, blasfema,
es que no sabe cómo lo ha de mostrar.

ÍNDICE

Mis poemas.....	7
Canto a la poesía eterna.....	8
Entre el mañana y el ayer.....	10
Mi senectud.....	14
El alzheimer.....	18
Susurros a la muerte.....	20
El espadachín manco.....	22
Aniversario de una ausencia.....	24
Encuentro con la parca.....	27
Recuerdos.....	31
El aula.....	32
El presidente del reino de Bobaliconius.....	35
Hago un.....	39
Voy a la guerra.....	41
El recuerdo.....	42
Pasión.....	44
Amor de verano.....	46
Requiebros.....	50
Noche amorosa.....	51
Adolescente enamorada.....	52
Poesía eres tú.....	53
Alazán negro.....	54
Reproches de amor.....	55

El suspiro.....	58
Dicen y responden.....	59
El soneto.....	61
Qué es la vida.....	62
Definición de la alegría.....	64
Felicidad.....	67
Un día cotidiano.....	69
Mañana, tarde y noche en un piso.....	71
El forjador.....	74
El cortejo fúnebre.....	76
Mi terruño.....	81
Escapando a mi destino.....	84
Una corrida de toros.....	85
Velero al confín del mundo.....	92
Despecho cruel.....	94
Fui a un concierto.....	96
El poeta maldito.....	98
Oda al pescador.....	102
Existencia de un poeta.....	105
Rumores.....	107
El pintor de cuadros maldito.....	108
Miedo infantil.....	110
Tristeza de una despedida.....	112
Oda al mosquito molesto.....	113
El náufrago solitario.....	116

Día de paga.....	117
El infierno del traidor.....	120
El caos.....	122
Última luz en ELA.....	124
Tiempos de censura.....	127
El banquete.....	129
Un día en el supermercado.....	131
Ceremonia con marcha nupcial.....	133
Voz infantil que el viento se lleva.....	137
Lamento del emigrante.....	143
El musical del danzarín loco.....	147
El apátrida.....	150
Cautivo por una incapacidad.....	153
Cuando todo calla.....	157
Luz y sombras de dolor.....	159
Rememorando a mi esposa muerta.....	163
Un mundo de júbilo.....	165
Donde la luz no alcanza.....	168

Nacido en Madrid en 1947, A. Montefer se define como un “actor de las mil caras en público y camaleón en cualquier situación. Imaginativo, introvertido, impulsivo, visceral, con escasa empatía y a veces violento, pero con amplia capacidad de control”, lo que le hace preguntarse si, quizá sea “¿un psicópata latente?”.

Como escritor, prefiere “permanecer en el anonimato físico y etéreo, siempre confundido entre la masa, para salvaguardar mi intimidad”. Y sólo desea que se conozca su obra, compuesta hasta ahora por una saga titulada *EL MUNDO EL DESNUDO* (*La semilla del odio, La siembra del odio, La germinación del odio y La cosecha del odio*), un auto sacramental, varias obras menores y otros dos poemarios: *PIRUETAS POÉTICAS* y *MÁS PIRUETAS POÉTICAS*.

Sobre este nuevo poemario, titulado *JUVENTUD Y VEJEZ*, el autor dice:

*Crónica de mis latidos en un tiempo
de risa joven y suspiro anciano,
trazos del alma que danza un momento.*

*Juventud y vejez en forma de poema,
vicisitudes y estados de ánimo.
Es lo que verás al leer estos poemas.*